

La historia de la Iglesia del Nazareno

EN LA ANTIGUA UNIÓN SOVIÉTICA



R. FRANKLIN COOK & CARLA D. SUNBERG

La historia de la Iglesia del Nazareno

EN LA ANTIGUA UNIÓN SOVIÉTICA

R. FRANKLIN COOK & CARLA D. SUNBERG



Derechos de autor © 2025 por R. Franklin Cook y Carla D. Sunberg

Casa Nazarena de Publicaciones
PO Box 419527
Kansas City, MO 64141
casanazarena.com

ISBN 979-8-89769-004-6

Casa Nazarena de Publicaciones es una marca de:
The Foundry Publishing
PO Box 419527
Kansas City, MO 64141
thefoundrypublishing.com

Derechos de autor de la edición en inglés © 2025 por R. Franklin Cook y
Carla D. Sunberg

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio (por ejemplo, electrónico, fotocopia, grabación) sin el permiso previo por escrito del editor. Las únicas excepciones son las citas breves en reseñas impresas.

Diseño de portada: Caines Design
Diseño de interior: Sharon Page

Todas las citas de las Escrituras, a menos que se indique, se toman de LA SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 by Biblica, Inc. TM Usada con permiso. Todos los derechos reservados a nivel global.

Version Reina Valera Actualizada, Copyright © 2015 by Editorial Mundo His-
pano. Usada con permiso. Todos los derechos reservados a nivel global.

Las direcciones, de Internet, las direcciones de correo electrónico y los números de teléfono que aparecen en este libro son precisos en el momento de la publicación. Se proporcionan como recurso. Casa Nazarena de Publicaciones no los respalda ni responde por su contenido.

Dedicación

Este libro se dedica a todas las personas quienes no se mencionan en estas páginas, porque son demasiadas. A todos los que vinieron y sirvieron, tanto misioneros como voluntarios. A todos los que nos ayudaron en esos primeros días, de todas partes de la antigua Unión Soviética. Fue una gran nube de testigos. Y a todos los que se volvieron parte de la comunidad de nazarenos. ¡Gracias!

Contenidos

Prefacio	7
Prólogo	9
Introducción	13
1. Artículo 15	19
2. Una vuelta alrededor de la Plaza Roja	26
3. Rumores	31
4. Iglesia y estado	40
5. Primeras obras	47
6. El lugar de la oración	54
7. Empezar desde cero	68
8. Tuercas y tornillos	79
9. Oportunidades sin esperanza	87
10. Iniciativas: El poder de los medios	99
11. Conectando	105
Epílogo	125
Nota final	126
Unas palabras de Misiones Nazarenas Internacionales	128

Prefacio

AL CRECER EN ESCOCIA en las décadas de los 60 y los 70, aun de niño, yo conocía bien la realidad la Guerra Fría que se había desarrollado después de la Segunda Guerra Mundial entre los Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética con sus aliados respectivos.

La metáfora de una “cortina de hierro”, primero utilizada en este contexto por el anterior primer ministro británico Winston Churchill en un discurso en 1946, en realidad describía muy bien la barrera política, social, militar, ideológica y *espiritual* que erigió la Unión Soviética para separarse a sí misma y a sus aliados dependientes del contacto con y la influencia de los países occidentales y no comunistas.

Esta separación y su impacto global fueron reales. La historia nos cuenta ahora del sufrimiento detrás de esta cortina y las ideas equivocadas esta separación causó por ambos lados, con los peligros intrínsecos y genuinos para todo el mundo. En ambos lados de la cortina, todos sabíamos quien era el enemigo y qué amenazas representaba.

Pero en todo este tiempo, así como en cada tiempo y en toda circunstancia, Dios estaba obrando. Sabemos que él ama a toda persona, en cada país y en cada situación, así que él estaba trabajando, en formas quizás inconcebibles e irreconocibles. Como nazarenos que creemos ardientemente en su gracia pre-

veniente, Dios estaba obrando en ambos lados de la cortina. Y como sabemos de la vida, muerte y resurrección de Jesús, Dios tiene experiencia previa con rasgar de arriba a abajo cortinas que dividen.

A su debido tiempo, en los 80 y 90, la Cortina de Hierro se abrió, los muros previamente inquebrantables fueron derrumbados y las brechas que aparecieron dejaron aperturas en toda manera, dándole a la iglesia oportunidades que antes no habían existido.

Esta historia maravillosa compartida poderosamente por el Dr. Cook y la Dra. Sunberg en *La historia de la Iglesia del Nazareno en la antigua Unión Soviética* detalla lo que Dios estaba haciendo y lo que hizo en establecer la Iglesia del Nazareno en lo que era la Unión Soviética. Es una historia de milagros, gracia, salvación y transformación.

Como el ex director regional de la Región Eurasia, yo tuve el privilegio de partir del legado del Dr. Cook y de los que lo siguieron en esta función y luego trabajar con los doctores Carla y Chuck Sunberg cuando Carla era nuestra superintendente general jurisdiccional. Estos gigantes espirituales humildes habían sido personajes claves en la historia de la obra de Dios a través de la Iglesia del Nazareno en establecer y desarrollar la misión allí, y les estoy tan agradecido por su visión, pasión, compasión y valor en tomar los primeros pasos en esta nueva etapa para la iglesia en esa parte tan importante de Europa del Este.

Ahora en mi papel como director de misiones globales estoy tan encantado de leer sus historias, celebrar la fidelidad de Dios y ser revitalizado en nuestro llamado a hacer discípulos semejantes a Cristo en las naciones, hasta los fines de la tierra,

Prefacio

sabiendo que servimos a un Dios para quien nada es imposible. Yo recomiendo este libro de todo corazón a todos los que sienten pasión por las misiones.

—Jim Ritchie
Director de Misiones Globales

Prólogo

FRANKLIN

PARA NUESTROS LECTORES DE CIERTA EDAD, hay palabras de la Guerra Fría (1947-91) que traen familiaridad y aprensión. Para lectores más jóvenes, algunas de estas mismas palabras tendrán poco o nada de significado. O, en el mejor de los casos, serán términos de un libro o clase de historia. Aquí están algunas: “ABM” (misil antibalístico), “carrera armamentista”, “política arriesgada”, “Checkpoint Charlie”, “contención”, “distensión”, “capacidad de primer ataque”, “Cortina de Hierro”, “destrucción mutuamente asegurada”, “perestroika”, “cumbres”, “SALT” (Tratado de Limitación de Armas Estratégicas), “glasnost”, “Soviética”.

No es nuestro propósito definir o describir estos y muchos otros términos en el léxico de un período histórico, sino señalar que en este libro estamos hablando de una atmósfera en la que la posibilidad de “destrucción mutuamente asegurada” era una realidad oscura que atormentaba las mentes de la mayoría de las personas. La Unión Soviética después de la Segunda Guerra Mundial se había transformado en un adversario militar de los Estados Unidos y el mundo occidental. Era un tiempo desolado, uno en el que la Cortina de Hierro había prohibido viajar y la comunicación. Las señales de radio eran bloqueadas, se prohibían imágenes de televisión y los periodistas eran altamente restringidos. Casi todo evento mundial de esta época se bifurcaba en dos partes. Eran “los buenos” y “los malos”.

Había desconfianza y malentendidos. La industria de espionaje florecía mientras la KGB (Comité de Seguridad del Estado [Soviético]) y la CIA (Agencia Central de Inteligencia) intentaban superar tácticamente la una a la otra.

La Unión Soviética frecuentemente se describía como una unión federal “transcontinental” de quince repúblicas nacionales, Rusia siendo la más grande. Cubría gran parte de Eurasia, abarcando once zonas horarias, incluyendo partes de Europa y Asia. Después de la Revolución Rusa de 1917, fue la sucesora de hecho del Imperio Ruso del régimen del zar. La gobernaba el Partido Comunista y era un estado autoproclamado secular. Karl Marx, el “padre” filosófico de la doctrina comunista, había proclamado que la religión organizada era el “opio del pueblo”, y así el nuevo gobierno soviético intentó por todos los medios posibles erradicar la religión, las creencias y las prácticas religiosas. Cerró todos los monasterios menos cuatro, ejecutó a miles de curas y pastores, y creó un vacío espiritual que se podría llenar con la dialéctica soviética. El gobierno soviético le dio alta prioridad a la educación, incrementando el alfabetismo del 28 por ciento en el tiempo de la Revolución hasta casi el 100 por ciento para el año 1991. A las mujeres muy pronto se les dio el derecho al voto universal (a la nobleza se le había dado el derecho al voto a mediados del siglo XIX). El gobierno intentó remodelar el carácter y la vida humana en el “hombre o mujer soviético” (*Homo Sovieticus*) ideal, cuyo motivo principal era el “bien común”. El sistema económico era de “economía planificada”, y como resultado, la estructura de valores era muy diferente a la del Occidente.

Es importante recordar que, en la época de la Revolución en el 1917, la Iglesia del Nazareno como denominación unida

solamente tenía nueve años. Estaba en los primeros días de su existencia, experimentando sus caminos a tientas, conociendo sus creencias, pero tratando una gran variedad de prácticas regionales de alrededor de los Estados Unidos y, en grado menor, en Canadá y el Reino Unido.

Había un fuerte impulso a misiones junto con los varios grupos que se unían, habiendo trasladado obras patrocinadas en la India, las islas de Cabo Verde, Guatemala y varios otros lugares. El ADN de misiones junto con la carga global para el evangelismo ya estaba plantado en la nueva denominación y muy promocionado por el Superintendente General Hiram F. Reynolds. Esta estampa global en la iglesia no solo ha sobrevivido sino ha progresado hasta el día de hoy.

La realidad que enfrentaba la Iglesia del Nazareno entre 1989 y 1993 era qué hacer en un mundo cambiado. La abertura del Muro de Berlín y la apertura subsecuente de la Cortina de Hierro, el final de la Guerra Fría y la disolución de la Unión Soviética cambiaron todo. De repente la gente podía viajar, se permitían las noticias y se firmaron tratados intentando limitar la “carrera de armas”. ¿Qué haría, qué podría hacer, qué debería hacer la Iglesia del Nazareno? No había un plan especificado, ningún documento para guiar, nada de recursos financieros en reserva para esta contingencia, esta nueva puerta abierta.

Lo que es más importante es que no había experiencia, no había historia, no había legado. Esa parte del mundo había sido religiosamente ortodoxa, cumpliendo con las tradiciones de la Iglesia Oriental. Nosotros los del Occidente no conocíamos el idioma, las costumbres o los protocolos. Nos enfrentaba esta enorme oportunidad nueva, tal vez la más grande y compleja

que jamás había afrontado la Iglesia del Nazareno. ¿La iglesia la ignoraría, esquivaría o confrontaría?

Lo que leerá en este libro es una pequeña muestra de lo que venía a continuación y lo que resultó, de cómo se encontraron recursos, se involucraron personas y se establecieron los cimientos. Contra casi todo pronóstico, empezaron a surgir milagros del vacío. Al repasar lo sucedido, los que estuvimos involucrados de forma directa tenemos dificultad para explicarlo racionalmente, de hecho, solo se puede explicar (o no explicar, si prefiere) espiritualmente.

Introducción

CARLA

*Ningún cielo extranjero me protegía,
ninguna ala extraña escudaba mi rostro,
me erigí como testigo de un destino común,
superviviente de ese tiempo, de ese lugar.*

—Ajmátova, *Réquiem*

LARISSA ERA UNA NIÑITA FELIZ, disfrutando de la vida en el centro de Moscú con su madre, padre y hermana menor. El partido proveía todas sus necesidades, debido a que su padre servía fielmente al nuevo líder de la nación, Iósif Stalin. Preparado como abogado, él formaba parte del círculo íntimo, aportando dirección y escuchando a los apasionados por la ideología del marxismo. El premio por su lealtad fue la promesa de un apartamento en un edificio bajo construcción junto al Río Moscú, a la vista del Kremlin. Mientras la familia esperaba que ese proyecto se completara, vivía en un apartamento comunal, los cuatro en un solo cuarto, compartiendo la cocina y un baño con otras dos familias. Esto no les molestaba porque estaban dispuestos a sacrificar todo para la patria.

Los días consistían en ir a la escuela y aprender lo que significaba ser un joven comunista, o Pionero. La lealtad a la causa era de suprema importancia porque la Unión Soviética seguramente sería un instrumento de paz para el mundo entero. Los niños se ganaban chapas y prendedores que reflejaban su disposición de apoyar al partido. Los veranos consistían en

campamentos Pioneros y horas de trabajar la tierra y abrazar al comunismo. La madre de Larissa era doctora, sirviendo por poco pago, pero alegremente, porque sabía que su labor era para la visión utópica. Un día el comunismo se esparciría por todo el mundo y ya no habría dolor ni sufrimiento.

Un día oscuro, se derrumbaron todos los sueños. El padre amado de Larissa estaba en casa con la familia cuando llegaron los oficiales de la KGB. Casi de inmediato, lo agarraron y lo llevaron a la fuerza al patio del edificio de apartamentos. Desde la ventana, esforzándose para mirar lo que estaba pasando, Larissa alcanzó a ver un destello de luz y escuchó la explosión de la pistola cuando ejecutaron a su padre a la vista de todos los vecinos. Años más tarde ella aprendería que él había dicho una palabra de verdad a Stalin, una palabra que, muy obviamente, no tuvo buena recepción. Por su lealtad y sacrificio fue convertido en una lección para la comunidad. Los líderes aún buscaban a su madre, instando a la familia a mudarse al edificio de apartamentos nuevo. Su madre se negó y desde ese tiempo puso a sus hijas en un curso para sobrevivir. Cada conocido que aceptó la oferta del edificio de apartamentos nuevo con el tiempo fue ejecutado.

La Gran Guerra Patria contra los fascistas, conocida como la Segunda Guerra Mundial en el Occidente, impactó toda la vida en la Unión Soviética. Debido a que su madre había rechazado la oferta generosa de los líderes comunistas, ella fue enviada a la frente para cuidar a los soldados heridos. Como intento para salvar a sus hijas, ella las llevó a la estación de tren Kievskiy y las envió a Ucrania, donde iban a quedarse con parientes mientras duraba la guerra. No se imaginaba que dentro de seis

semanas esa parte de Ucrania sería invadida por las fuerzas alemanas.

Al principio Larissa y su hermana intentaron imaginar a la guerra como algún tipo de aventura. Seguramente esto no duraría mucho y podrían regresar a casa y ver a su madre pronto. Los meses se convirtieron en años y su situación se volvió extremo. Poco a poco desapareció la comida. Aunque vivían en una granja, los soldados se llevarían todo porque ellos también tenían hambre. Ante la hambruna, Larissa y su hermana encontraron un salvador en un joven soldado alemán llamado Hans. Cada día él visitaba la granja y compartía algo de sus raciones de pan con las niñas.

Mientras la guerra continuaba, por toda la Unión Soviética, la gente estaba hambrienta. La ciudad de Leningrad estuvo bajo asedio por el ejército alemán por 872 días. Hasta el día de hoy el equivalente de dos rebanadas delgadas de pan se conoce como una “porción Leningrad”, la ración diaria de comida para los capturados en la ciudad. Aunque debieron haber estado floreciendo en sus años de adolescencia, las niñas se volvieron delgadas y demacradas, cubiertas de piojos. El número de pérdidas llegó a los millones. Hombres, padres, hermanos, tíos, jamás volverían a casa. La Unión Soviética perdió a más personas durante la guerra que todos los otros países combinados, y la cicatriz sobre el paisaje perduraría por generaciones.

La guerra finalmente terminó, pero no había habido comunicación entre madre e hijas por años. Se suponía que las muchachas habían fallecido cuando, para su gran sorpresa, la madre de Larissa recibió un telegrama de Ucrania. Las chicas estaban con vida y llegarían a casa a Moscú por tren. Corriendo a la estación Kievskiy, esta madre esperó al tren indicado,

pero al mirar la multitud de los que desembarcaban, no podía encontrar a sus hijas. Ella se desanimó, pensando que no había recibido la información correcta. En ese momento, dos chicas de apariencia desordenada corrieron hacia ella, gritando: “Mamá”. La guerra había tenido un efecto tan grave en las muchachas que hasta su propia madre ya no las reconocía. Después de un momento de conmoción, lloraron en un abrazo caluroso. Las muchachas finalmente estaban en casa.

Años más tarde, misioneros nazarenos se mudarían al lado de Larissa y su esposo Timofei. Se acercaba la temporada de elecciones en la década de los 90, el antiguo Partido Comunista seguía reclutando y buscando votos. Tocaron el timbre de cada apartamento en el piso, y cuando Larissa abrió su puerta, habló por todos: «Asesinaron a mi padre. Váyanse. No queremos nada que ver con ustedes.». Esta era una declaración poderosa de una mujer que se había casado con el secretario del Partido Comunista de Moscú durante la época de Stalin. Timofei vino de Ucrania a Moscú para servir al partido. Él y Larissa eran jóvenes físicos brillantes y habían ayudado a construir una nueva Unión Soviética después de la guerra.

El comunismo era su religión. Lenin, el padre del comunismo soviético, a menudo citaba a Marx, diciendo: «La religión es el opio del pueblo». Así que el comunismo abrazó el ateísmo, y la religión debía ser erradicada. La Iglesia ortodoxa rusa fue severamente marginalizada y fuertemente infiltrada por la KGB. Había sucedido un milagro, más o menos, en 1918, cuando en un período de seis meses, entre la caída del zar y el control de los bolcheviques, Rusia experimentó la democracia. En ese pequeño período de tiempo, la Iglesia ortodoxa pudo elegir un patriarca. No había habido un patriarca en Rusia desde el tiem-

po de Pedro el Grande, cuando el Patriarca Nikon había intentado quitar poder del zar. Pedro tomó acción rápida y decisiva en contra de la iglesia, despidiendo al patriarca, reemplazándolo con un sínodo y prohibiendo a la iglesia hacer cualquier obra caritativa en todo el país. Esto tendría un impacto devastador y de largo plazo en el cristianismo de esta parte del mundo, que había adoptado la fe desde el año 988. Moscú, en un tiempo, se había considerado la tercera Roma, y hasta el águila de doble cabeza de Rusia hace eco del simbolismo del *aquila* (águila) del Imperio Romano. Este era el espacio sagrado de Bizancio, el corazón del cristianismo oriental después del saqueo de Constantinopla, que finalmente cayó debido a la avaricia. Pero en 1918, un rayo de luz interrumpió la oscuridad y un patriarca llegó al poder. Este era un líder que podía pastorear la iglesia durante una nueva temporada de opresión.

Es fácil para los protestantes juzgar a la Iglesia ortodoxa y su comportamiento durante los setenta años del comunismo. Muchos dirían que el patriarca y la iglesia cedieron a los líderes del gobierno, y, en algunas formas, lo hicieron. Sin embargo, la Iglesia ortodoxa no es una iglesia que puede ocultarse o convertirse en una iglesia casera. Para que exista la Iglesia ortodoxa, la liturgia se debe celebrar y cantar en la iglesia cada semana. Sin esta adoración y liturgia pública, no hay iglesia. Así que el liderazgo tuvo que medir las consecuencias entre ceder al gobierno y extinguir al cristianismo como lo entendían.

Mientras tanto, el cristianismo protestante había existido desde antes de la revolución. El Ejército de Salvación tenía presencia en Rusia, también la iglesia luterana. Grupos pentecostales y un grupo de creyentes nacionales habían estado floreciendo. Después de la toma de poder de los bolcheviques, estaban

determinados a controlar la religión. Todo el cristianismo fue organizado en dos grupos: los ortodoxos y la Unión de Cristianos Evangélicos-Bautistas (UECB). La palabra “bautista” vino a asociarse con todo protestante en la Unión Soviética y no era indicador de una perspectiva teológica calvinista. Estas eran las dos iglesias visibles, aunque otras decidieron permanecer sin registro y funcionar de forma clandestina.

La Guerra Fría comenzó rápidamente al congelarse en el tiempo las relaciones anteriores de aliados. Con las grandes pérdidas enfrentadas por la Unión Soviética hubo un sentido de destino, o quizá derecho, a ciertos botines de guerra. Europa del Este quedó bajo de la mano firme de la Unión Soviética, con el Muro de Berlín como la señal visible de un mundo dividido. Esta división política y física llegó a ser conocida como la “Cortina de Hierro”. Como pájaros machos alardeando ante una posible pareja, tanto el Oriente como el Occidente empezaron a acumular suficientes armas como para destruir el uno al otro varias veces. Mientras tanto, personas como Timofei habían levantado la bandera del comunismo, listas para perseguir a cristianos en cualquier momento. Como parte de sus responsabilidades del partido le llegaba los lunes una lista de los que habían asistido a la iglesia. Timofei debía determinar su futuro. Algunos podrían recibir un castigo simple, incluyendo pérdida de empleo o expulsión de la educación, pero otros fueron enviados a Siberia y, posiblemente, a su muerte. Era un tiempo peligroso y muchos oraban que Dios interviniera para que llegara a su fin.

UNO

Artículo 15

FRANKLIN

TUVE QUE CORRER para alcanzar mi tren, un TGV destinado a Zúrich. El TGV es uno de los trenes espectacularmente rápidos de Francia, con velocidades de hasta 200 millas por hora para servicio comercial. Nunca había estado en un tren tan rápido, tan silencioso, ni tan bien equipado. París tiene siete estaciones de tren principales y yo partía de Gare de l'Est para el recorrido de cinco horas a Zúrich.

Era el 8 de octubre de 1989, y yo estaba emocionado. Poniéndome cómodo en mi asiento de lujo al salir de París, pasando por los suburbios del este y al campo, aumentamos de velocidad rápidamente. Pronto me cautivó la borrosidad del campo francés y mis pensamientos (viajar por tren es un lugar excelente para la reflexión) me llevaron a los dos meses pasados. ¿Qué hacía yo en un tren veloz entre París y Zúrich? ¿Por qué estaba aquí? Los dos meses pasados habían sido un torbellino de cambio totalmente inesperado y ahora me enfrentaba la realidad.

Pensaba en los eventos recientes. Tenía un empleo contento trabajando con ejecutivos de negocios interesados en plantar iglesias en Arizona y el sur de Nevada. También hacía un trabajo "adicional" como editor de la revista *World Mission*, promocionando misiones globales nazarenas cada mes. Además, el Dr. Robert Scott, director global en ese tiempo, me había re-

clutado para hacer “candidatos”. En medio de esa cascada de actividad, el Dr. Scott dejó caer una bomba sobre mí. Llegué a referirme a esa bomba como el “Artículo 15”.

El Dr. Scott era un hombre organizado que hacía listas, creaba agendas y siempre tomaba notas abundantes en bloc de papel amarillo. Había llegado a este puesto de liderazgo después de un ministerio largo y exitoso en California, donde yo lo había conocido años atrás. Él y yo nos reuníamos con regularidad por intereses de la revista tanto como los misioneros candidatos, y yo siempre podía depender de una agenda por escrito. A comienzos de agosto, tuvimos una de nuestras reuniones normales, con 14 artículos en la agenda.

Concluyendo la agenda, el Dr. Scott se reclinó en su silla y me miró por encima de su escritorio grande de madera. Sonriendo, pero con intensidad, de la nada compartió el “Artículo 15”: “Acaban de elegirte director regional de la Región Eurasia. ¿Estás dispuesto a considerarlo?”.

De todas las conmociones de mi vida profesional, esta era la mayor. Yo estaba contento viviendo en Arizona y no tenía ni intención ni deseo de mudarme. La posibilidad de traslado a Europa alteraría a la familia, los amigos, el estilo de vida, mi esposa y su madre, de hecho, a casi todo lo que se me ocurría. Estoy seguro de que solo me senté en la silla mientras toda mi sangre corría a los pies. Creo que tartamudeé: «Debo llamar a Maylou». Cuando la llamé más tarde esa mañana, le dije: “¿Qué te parecería mudarte a Europa?” y ella respondió: “¿Qué es lo que te han ofrecido ahora?”.

Esto nos sumergió en tales cosas como vacunaciones en la oficina de salud pública (son más baratas ahí); autorización

policíaca para asegurar que no representábamos ninguna empresa criminal; solicitudes de residencia; la venta de una casa; y decisiones sobre qué llevar, qué guardar y qué almacenar. En ese momento, yo tenía ideas mínimas sobre qué hace un director regional o qué tanto cubría la Región Eurasia. Y ciertamente no tenía *ninguna* idea de lo que podría esperar en esa región. Pero en el transcurso de las próximas semanas recibimos una afirmación repetida que esto era lo que Dios quería que hiciéramos. Significaba un traslado a una ubicación lejana y desconocida, establecer residencia, solicitar permisos y registro y abrir cuentas bancarias. Sentado en mi asiento del tren, me preguntaba: “¿En qué me he metido?”.

Nos habían ordenado mover la oficina de Bolton, Inglaterra, “al Continente”. Cuando yo pregunté en dónde en Europa Continental, la respuesta fue: “Yo no sé”. No teníamos personal y muy poco presupuesto. Mi predecesor, el Dr. Tom Schofield, era de Inglaterra y un líder muy querido que había renunciado de repente por consejo de sus doctores. Pasé medio día con él repasando las situaciones en curso en la región.

La Región Eurasia cubría un espacio geográfico vasto, desde los Azores en el Atlántico hasta Siberia en el Mar de Bering. Incluía todo el sur de Asia (India, Pakistán, etc.), el Medio Oriente, África norte del Sahara y todo en ambos lados de la Cortina de Hierro. Pronto descubrí que Europa era intensamente complicada, no solo por idiomas sino por historia, cultura, costumbres y legados. Y detrás de la Cortina de Hierro estaban áreas vastas sin tocar e intocables debido a su subyugación desde la Segunda Guerra Mundial bajo el comunismo soviético. Estos eran lugares donde la Iglesia del Nazareno nunca había llegado.

Cuando el Dr. Scott mencionó el “Artículo 15” en la agenda no escrita, y cuando finalmente accedí a la invitación, no tenía idea de lo que me quedaba por delante. A menudo se me ha ocurrido que a veces nos es dada la providencia de ignorancia, que Dios en su sabiduría permite que mañana sea una sorpresa. También he pensado con frecuencia que, de haber sabido el futuro, quizás no hubiera tenido el valor de decir sí.

En el tren, mirando el paisaje borroso pasar, reflexioné sobre la complejidad de la región. Dentro de su geografía existían tres de las grandes religiones del mundo: cristianismo, judaísmo y el islam. Había dado a luz varios de los “ismos” del mundo, incluyendo al comunismo marxista. Dio a luz al Renacimiento, a la Reforma, la Revolución Industrial, la Revolución francesa, la Revolución rusa y muchos más. Tenía más de 90 países, cientos de idiomas oficiales y un sin fin de dialectos. ¡Increíble!

Constantemente corriendo por mis reflexiones estaba la pregunta: “¿Cómo llegué a este lugar en este tiempo?” Y luego llegó el almuerzo, un bello almuerzo francés, servido con estilo y aplomo, a velocidad rápida. Aquí en este plato deleitable estaba un poco de lo que estaba por delante en el gran desconocido.

Y entonces, apenas cinco semanas después de llegar en la región, ocurrió el 9 de noviembre, 1989. El mundo cambió. Yo estaba en Amán, Jordania, intentando dormir en el hotel Regency Palace. El día había sido duro y desgastante. Habíamos estado en reuniones que no eran tranquilas. Yo quería dormir, pero no podía hacer más que dar vueltas. Por fin prendí el televisor, un modelo viejo de blanco y negro montado alto en el rincón, y vi algo muy curioso y desconcertante. Las personas estaban trepándose por un muro con martillos y cinceles, golpeando, desprendiendo pedazos y cantando. Yo reconocí

el infame Muro de Berlín que había cortado la ciudad en dos por décadas, con la parte del este controlada por la Unión Soviética y el lado del oeste por los poderes aliados (Estados Unidos, Gran Britania, Francia). Miré fascinado, y se me ocurrió que esto lo cambiaba todo, todo, incluyendo la descripción de mi puesto. El colapso del muro significaba que el balance de poder en el mundo había cambiado. Nuevas posibilidades se habían abierto para la iglesia no solo en la Unión Soviética sino en el Medio Oriente y en el sur de Asia. Significaba que los estados clientes de Europa Oriental se levantaban en libertad y también eran una posibilidad. Fue un momento abrumador que me mantuvo sin sueño por lo que quedaba de la noche.

¿Qué iba a hacer yo? ¿Qué iba a hacer la iglesia? ¿Qué iba a hacer la Región Eurasia? ¿Cómo debíamos, o podíamos, responder a este acceso naciente a nuevas áreas de ministerio vastas? Estábamos poco preparados para abrir una oficina. ¿Cómo podíamos imaginar abrir nuevos países para el trabajo de una iglesia?

Unos días más tarde, después de consultar a nuestros líderes alemanes, hice un llamado para una cumbre en Berlín. La idea fue reunir un grupo de responsables, visionarios y personas con recursos a congregarse en un lugar y comenzar un diálogo sobre el futuro. Y llegaron. Llegaron de la sede nazarena representando a los jóvenes, la educación, iglesias grandes locales y estrategias. Hasta el Dr. Scott, con su lista de artículos en la agenda, estuvo allí. Éramos aproximadamente treinta reunidos. Esta era la noticia grande de la época, y la gente quería ayudar en lo que podía. Al congregarnos a orar, hablar y hacer estrategias, todos se dieron cuenta de lo enorme que era el reto. Ya las dos iglesias nazarenas locales de Berlín estaban en acción,

dándole la bienvenida a personas del este de Alemania que no habían sido permitidos viajar por décadas, repartiendo sopa, pan alemán y café a los hambrientos, ofreciendo palabras de esperanza y ánimo espiritual. Pero junto con esos líderes de la denominación y de Europa estaba lo que nadie quería mencionar, la Unión Soviética. Había sido el enemigo. Era grande. Era el misterio de la Madre Rusia.

Aun así, con la ayuda de Dios. de ese cuarto llegó una plétora de ideas, un compromiso a reunir finanzas y otros recursos y un sentido de unidad de propósito. Este era uno de los desafíos más grandes que la iglesia jamás había asumido. Pero lo que ninguno de nosotros realmente entendía era que esto venía hacia nosotros, no que nosotros íbamos hacia él. Los acontecimientos sucedían con tal velocidad que solo podíamos responder con la inteligencia que nos era posible. Nadábamos en la ignorancia porque nunca habíamos hecho esto a tal escala.

Luché conmigo mismo para evitar la parálisis de obstáculos que parecían apilarse. No teníamos dinero, presupuesto, personal, conocimiento verdadero de los idiomas (incluso ruso), experiencia con la historia y legado de la ortodoxia oriental, ni experiencia de lidiar directamente con la filosofía, ideales o ateísmo del comunismo. Pero he aquí el milagro. Con el paso del tiempo, me parecía que cada “obstáculo” encontró respuesta. El dinero llegó, sin solicitar, de donantes e iglesias, los voluntarios empezaron a aparecer en abundancia, se leyeron libros y se hizo investigación sobre los cómo y los porqués, hasta universidades nazarenas se unieron con equipos, incluyendo el programa de renombre Love Works de la Universidad Nazarena Point Loma en California. También había cinco chicos solteros de la Uni-

versidad Nazarena del Sur que fueron a Bulgaria a crear unos estudios bíblicos y poner los cimientos.

Maylou y yo a menudo nos sentábamos en la noche y, en silencio o en voz alta, nos preguntábamos: “¿Cómo fue que nos encontramos en medio de todo este caos, estrés, emoción y territorio sin explorar?”.

Artículo 15, ¿eh?

DOS

Una vuelta alrededor de la Plaza Roja

FRANKLIN

ERA SEPTIEMBRE DEL 1991, y yo estaba de regreso en Moscú para mi segunda visita. Esta vez habría líderes de la iglesia conmigo para una serie de reuniones con oficiales rusos.

Era temprano en la mañana, y yo estaba ansioso por salir del tristemente célebre hotel Intourist, donde nos estábamos hospedados. Subiendo por la calle en una mañana bella, pronto llegué a la Plaza Roja, considerada una de las plazas más históricas del mundo, ubicada en el centro de Moscú y en el centro del poder gubernamental y cultural de la nación.

La Plaza Roja ha existido desde el siglo XV y ha sido un mercado, un lugar de celebraciones y manifestaciones; es casi mítica en su tamaño de 73,000 metros cuadrados (800,000 pies cuadrados). Con la variedad de edificios, muros, monumentos e iglesias, puede traer gozo o causar miedo.

Esta mañana de septiembre al poner pie en la plaza, me impactó la cacofonía de la vida soviética durante un año cuando la unión se desmoronaba y una nueva Rusia emergía. Mis

ojos alcanzaron al mausoleo gigante que contenía el cuerpo embalsamado gris de Lenin, considerado el padre de la Unión Soviética. Había unos cuantos rusos haciéndole homenaje a su memoria casi de culto. Mi vista se movió a los muros enormes del Kremlin, asiento de los zares y ahora del gobierno soviético.

También se veía la catedral de San Basilio del año 1561, una hazaña espectacular de arquitectura y el mejor conocido de todos los edificios alrededor de la plaza. Construida durante el período de Iván el Terrible, sigue siendo legendaria. La historia nos cuenta que el Zar Iván llamó al arquitecto y le preguntó si podía reproducir esta iglesia bella. Cuando el arquitecto respondió en lo afirmativo, Iván mandó que le sacaran los ojos. Iván quería que San Basilio fuera única. En siglos anteriores, había sido un lugar de adoración privado para el zar y su familia. En el período de la revolución bolchevique, sus sacerdotes principales, junto con miles de otros, fueron ejecutados, y después en el fervor de destruir cualquier influencia religiosa, se programó la destrucción del edificio. Solamente la providencia y unos cuantos arquitectos salvaron al edificio hasta que prevalecieran unas cabezas más templadas.

En mi paseo, llegué al más grande de los edificios, que ahora se llama las Almacenes GUM (para ahorrarle al lector el nombre oficial largo en ruso), que se había convertido en la ubicación centralizada de compras en la economía centralizada del país.

Pero lo que me llamó la atención esa mañana fueron dos predicadores. Lo que estaban haciendo los hubiera llevado al arresto y la retribución solo un año atrás. En una esquina de la Plaza Roja, justo en la intersección de GUM y el Museo Histórico del Estado, parado sobre una caja de madera, estaba un predica-

dor estadounidense con un megáfono, gritando a todo pulmón a los pocos que estaban escuchando un sermón. Yo podía notar que él era del estado de Texas, parte de virtualmente una invasión de predicadores evangélicos que habían venido a este enemigo de la Guerra Fría y nación ateísta a traerles las buenas nuevas.

Parado en frente del museo, quizás a unos 30 metros (cien pies), estaba un sacerdote ortodoxo ruso adornado en ropajes completas, también sobre una caja, pero con un micrófono y sistema de sonido rechinante, predicando a todo pulmón. Fue un momento disonante escuchar a dos predicadores, uno un protestante de Texas en inglés, el otro de la ortodoxia oriental, hablando libremente en la Plaza Roja, donde cualquier vestigio de demostración religiosa había sido estrictamente prohibido desde la revolución bolchevique de 1917.

Después de escuchar los sermones por unos minutos, crucé al otro lado de la plaza hacia los monumentos del pasado de San Basilio y lugares donde frecuentemente ocurrieron ejecuciones bajo los zares a través de los siglos y bajo los bolcheviques para los disidentes que hablaron en contra del Estado Supremo Soviético.

Localizando una calle principal en dirección contraria de la plaza, seguí mi paseo hasta llegar a un edificio que reconocía. Era el edificio Lubyanka infame, indicado como la ubicación de una prisión dirigido en ese momento por la KGB, ahora el FSB. Rumores, historias ya hasta chistes rodeaban este edificio, cuyas partes más antiguas fueron construidas en 1898. Era donde se enviaban a los disidentes a ser “interrogados”. Era donde se mandaban sentencias y algunos individuos fueron enviados a los gulags de Siberia. Era un lugar para evitar a toda costa.

Enfrente de la prisión se había erigido una estatua grande de Félix Dzerzhinski. “Félix de Hierro”, como a menudo le llamaban, había sido una figura revolucionaria, nacido en 1877. Fue arrestado frecuentemente por el gobierno zarista, exiliado a Siberia, eventualmente se unió a los bolcheviques de Lenin. Fue nombrado director del servicio secreto en 1917 e inmediatamente se dedicó a hacer ejecuciones en masa organizadas y tortura sistemática. Murió en 1926 de un paro cardiaco y fue honrado por Iósif Stalin como héroe del estado. Por consiguiente, la estatua grande.

Sin embargo, esa mañana de septiembre de mi paseo, noté que la estatua ya no estaba y que todo lo que quedaba era el plinto donde había estado. En el ambiente revolucionario de 1990 y 1991 cuando se desmontaron miles de estatuas, Félix de Hierro había venido abajo en agosto de 1991. Aquí estaba yo, un mes después, en el plinto. Pero me interesaba un hombre de edad avanzada, dándole vueltas al plinto, murmurando, gritando y más notablemente escupiendo. Me acerqué, suficiente para que me viera. Él sabía un poco de inglés y me habló en voz agitada del trabajo de la KGB, los horrores de la prisión y los gulags de Siberia y me contó que varios parientes de él habían sido masacrados a través de los años por el “sistema”. Pero ahora había “libertad”, y él estaba celebrando, maldiciendo y escupiendo delante de Lubyanka.

Era suficiente para mí. Regresé al hotel Intourist, mientras reflexionaba sobre el microcosmo que había observado esa mañana temprana antes que empezaran las citas y reuniones. Yo había visto el Kremlin, representando el poder inmenso del estado; el cuerpo embalsamado de Lenin, el fundador de la Unión Soviética; GUM, representando el sistema económico de una

economía dirigida; San Basilio, representando la persecución de la religión; dos predicadores en contraste ahora libres para predicar; y Lubyanka, representando tortura y encarcelamiento en un período de cambio dramático.

Era suficiente para anonadarse, para despertar las emociones más intensas y para crear preguntas profundas sobre cómo exactamente íbamos a llevar la organización de la Iglesia del Nazareno a esta tierra antigua y afligida. En serio, ¡cómo!

TRES

Rumores

EL CAMBIO GRANDE en nuestras vidas ocurrió en octubre del 1991, cuando de la nada, a mi esposo Chuck y a mí nos preguntó el director del departamento de Misiones Mundiales de la Iglesia del Nazareno, Bob Scott, si nos mudaríamos a Rusia como misioneros. Estábamos asistiendo a una conferencia de evangelismo en Fort Worth y estábamos emocionados por lo que estábamos aprendiendo y cómo podríamos ponerlo en práctica en nuestra iglesia local en Austin. Antes que comenzara el servicio final, en el vestíbulo del hotel, Dr. Scott nos preguntó si oraríamos sobre mudarnos a Rusia. ¿Qué? No habíamos solicitado el servicio misionero y disfrutábamos el ministerio en Texas. Esa noche caminamos por las calles de Fort Worth y sollozamos como bebés. Estábamos agobiados que Dios nos pediría involucrarnos en una tarea tan abrumadora. Sin embargo, en nuestros corazones, sabíamos que íbamos a ir a Moscú. Nada volvería a ser igual.

Mudarnos a Rusia fue tanto emocionante como sobrecogedor. La presencia del Señor fue tan verdadera, y solamente con la confianza de que esta era su voluntad pudiéramos haber ido. Esos primeros años en Rusia llegarían a ser los más desafiantes en nuestras vidas.

Los primeros meses vivimos en un hotel/hostal llamado el Bittsa. Tomaría tiempo, y la ayuda de un amigo, el Dr. Kent Hill, encontrar un apartamento donde vivir. La vivienda había

sido un problema en la Unión Soviética y el gobierno comunista le prometió espacios para vivir para todos sus ciudadanos. El espacio asignado por persona era de un mínimo de 18 metros cuadrados (60 pies cuadrados), así que a menudo se juntaban familias para vivir en apartamentos comunales, compartiendo servicios de baños y cocinas. Ahora, con el final de la Unión Soviética, todos los apartamentos eran privatizados. Dondequiera que le asignaban vivir en un día particular, se convertía en su propiedad privada y se podía comprar, vender y/o alquilar legalmente. La mayoría de la gente no tenía idea de cómo ser propietario, pero sí se dieron cuenta que, si se mudaban con sus parientes y alquilaban sus apartamentos a extranjeros, quizás ganarían suficiente dinero para mantener a sus familias. Para el final del verano, nosotros podríamos mudarnos a un apartamento de dos habitaciones al lado de Prospecto Leninsky, cerca de la Universidad Estatal de Moscú. Tener dos habitaciones para nuestra pequeña familia de cuatro personas se consideraba un lujo. Nos impactó un poco descubrir al llegar que todos los muebles y electrodomésticos se habían sacado del apartamento antes que llegáramos. ¡Habría trabajo que hacer! Aunque fue un poco desafiante, no fue nada en comparación a otros misioneros que rentaron apartamentos de dos habitaciones, solo para que sus dueños pidieran que devolvieran una habitación para que la “babushka” o abuela viviera allí.

La emoción en la Iglesia del Nazareno global en cuanto a Rusia era tanto que, aunque no había misioneros en el país, ya había cuatro equipos de Trabajo y Testimonio en el país antes que llegáramos. Estaban ayudando el trabajo en la sede bautista porque la Iglesia del Nazareno era patrocinada oficialmente por la Unión Bautista. Los equipos también se quedaban en el Bittsa. Cada noche, miembros de los equipos regresaban al hotel

y compartían de las personas que habían conocido y todas las cosas que podíamos hacer para ministrar allí. Ellos querrían llevarnos y presentarnos a personas diferentes. A veces nos sentíamos como fracasos porque no teníamos la energía para salir a conocer a toda esta gente. Estábamos viviendo en un hotel, pero sin agua caliente, con un asiento de inodoro quebrado y sin servicios de lavandería. La noche que llegamos supe que el restaurante había cerrado porque no pudieron encontrar suficiente comida. En la recepción tenían dos latas de jugo de piña de Cuba para la venta, y eso era todo lo que quedaba.

El mayor regalo para nosotros fue el de compañeros de equipo y socios en el ministerio. Roy y Caroline Campbell habían llegado antes de nosotros en Moscú para coordinar los grupos de Trabajo y Testimonio. Estos laicos fieles se habían comprometido a servir al Señor en dondequiera que fuera. Habían pensado que iban a las Filipinas después del verano, pero nosotros esperábamos que Dios tuviera otros planes en mente para ellos.

Roy Campbell había sido un bombero en Kansas City. En 1981, hubo un accidente terrible en un hotel donde murieron 114 personas. Roy fue uno de los primeros rescatistas que llegó al sitio, ayudando a salvar cientos de vidas. Debido al accidente, la perspectiva de vida de Roy cambió y después de jubilarse como bombero, él y su esposa Caroline comprometieron sus vidas para servir al Señor en el campo misionero. Su primer día en Moscú, Roy se dio cuenta que necesitaba encontrar una forma de movilizarse. Un taxi oficial era difícil de encontrar, pero casi cualquier persona con un vehículo estaba dispuesta a llevarle a algún lado por el precio correcto. Él observó y aprendió al mirar a otros estirar la mano y parar un carro. Pronto decidió también hacer lo mismo y un Lada de color claro se arrimó al

lado de la calle. Dentro estaba un joven llamado Misha, quien por casualidad hablaba un poco de inglés. Quizá fue la gracia de Dios y la respuesta a la oración que hicieron que Roy y Misha se conocieran ese día, porque lo que se desarrolló fue una amistad de por vida. Misha era un ingeniero desempleado y se convirtió en socio en la construcción y en guiar equipos de Trabajo y Testimonio. Los Campbell se fueron al final de ese verano y nosotros lloramos al dejarlos en el aeropuerto. Estuvimos agradecidos que volvieran unos meses más adelante, permaneciendo en el campo por dos años.

La Juventud Nazarena Internacional (JNI), guiada por Fred Fullerton, estaba comprometida en abrir la obra en la antigua Unión Soviética. David Bowser de la oficina de la JNI trajo a su familia y se mudaron al hotel Bittsa. Él vino a guiar a los más de cien jóvenes que fueron voluntarios ese primer verano. Alimentar a todos estos voluntarios fue un verdadero desafío. Se les había dicho que trajeran suficiente comida en su equipaje para sus almuerzos, pero que se les proveería la cena. David y Ron cooperaron para encargarse de todos los voluntarios. La hiperinflación estaba comenzando al dejar el rublo ruso flotando en el mercado. En enero del 1992, el tipo de cambio había sido un rublo a un dólar americano, pero para junio, estaba a más de 200 rublos al dólar. La moneda local perdía valor de la mañana a la tarde, así que el dinero se tenía que cambiar por lo menos dos veces al día. Mientras la inflación soplaba sobre el verano, a menudo bolsas de mercado de efectivo se necesitaban para pagar comida y cuentas de hoteles. Se hizo un arreglo con una discoteca local que tenía restaurante. Si le llevábamos dinero en efectivo en la mañana, pasarían el día buscando comida y alimentarían a los equipos en la noche. De esa forma, se proveía una comida caliente al día a los que

habían sacrificado para llegar a Rusia ese verano. Fue otro momento de gracia preveniente, porque así pudimos conocer a Tanya Arakcheeva, una joven mesera en ese restaurante.

Para el final de ese primer verano, casi cada presidente de JNI de los EE.UU. y Canadá vino a Rusia a ver las oportunidades para el ministerio. La iglesia se estaba movilizando a participar en un campo misionero que apenas cinco años atrás hubiera sido inimaginable. Otro miembro del equipo, Hermann Gschwandtner, tenía un plan para alcanzar a toda la antigua Unión Soviética, compuesta de casi cuatrocientos millones de personas, con el evangelio. Hermann vivía en Alemania y estaba acompañando a Franklin Cook en la oficina regional. Trabajando con Nikolaj Sawatzky, también de la oficina regional, él desarrolló un concepto llamado “evangelismo por literatura”. El plan era presentar a Cristo a la gente, guiarlas hacia una vida de fe y permitirles reunirse en compañerismo. Hermann desarrolló *La historia de Jesús el nazareno*, en su mayor parte tomado del evangelio de Lucas. Un segundo libro era *Vida con Jesús el nazareno*, que incluía cómo vivir como cristiano, y un tercero era *El camino de Jesús el nazareno*, que le explicaba a los lectores cómo podían comenzar iglesias en casa en sus hogares sin necesidad de pastor o misionero. Estos eran libros de tapa blanda atractivos y todos concluían con una invitación para escribir a una dirección en Moscú para aprender más sobre el Nazareno. Este evangelismo por literatura finalmente llegaría a influenciar algo de la obra inicial de la película *JESÚS* en el Sur de Asia, y, en total, con el tiempo se imprimieron 1.5 millones de copias de libretas en veinte idiomas diferentes.

La Unión Soviética había puesto gran énfasis en el alfabetismo, con casi el 98 por ciento de la sociedad ahora lectores

cultos e insaciables. Cada entrada al metro estaba repleta de vendedores anunciando los últimos libros, junto con cigarrillos del Oeste y vodka rusa. Sabiendo que estos libros serían de interés, se hizo el pedido de cuatrocientos mil copias del primer volumen. Un semirremolque llegó al hotel Bittsa con cientos de paquetes de *Jesús el nazareno* envueltos en plástico. Tomó horas moverlos todos a las habitaciones de los voluntarios, que era el único espacio de almacenamiento disponible. De repente, cada habitación tenía mesas y mesas de centro de *Jesús el nazareno*. Algunas los tenían apilados hasta el techo y todos nos preguntábamos cómo podríamos distribuirlos. Pudimos encontrar unas bolsas grandes para equipo de hockey en las que podíamos cargar cientos de libros. Los presidentes de JNI entonces llevaban estas bolsas a la entrada de estaciones del subterráneo y empezaban a regalar libros. Pronto supimos que no iba a ser difícil regalarlos. La gente formaba fila para recibir un libro gratis y mil libros desaparecieron en cuestión de treinta minutos.

Uno de los líderes de JNI entendió mal las instrucciones. Debían ir solamente a la entrada del metro, no entrar al mismo sistema. De repente este individuo fue separado de su pareja y estaba en un lugar donde no debió estar. Cada estación del metro tiene su propia estación de policía donde la “militsiya” tiene una oficina. Este pobre alma se encontró cara a cara con un miembro de la “militsiya” que lo llevó al área de los detenidos. Más adelante contó que su vida pasó ante sus ojos al preguntarse si acaso vería de nuevo a su familia. Nadie sabía en dónde estaba y él no tenía forma de comunicarse con la policía. Estaban intentando hablarle, pero él estaba paralizado de miedo. Por fin, después de lo que parecía una eternidad, pero que probablemente solo fue una hora, él entendió la

palabra “dólar”. Aja, quizás solamente querían una pequeña “propina”. Sacó un billete de diez dólares del bolsillo y eso pareció satisfacerlos. Nuestro presidente de la JNI fue liberado, pero volvió al Bittsa alterado y buscando una tarea diferente para los siguientes días de su visita. Mientras tanto, miles de libros fueron entregados en las manos de la gente, y el evangelio se esparció. Tendríamos que esperar a ver si alguien escribiría a la dirección. Compañeros en el ministerio, misioneros y voluntarios venían y se iban al pasar los años, pero siempre estaban allí cuando se necesitaban, como agentes de la gracia de Dios.

Habiendo llegado de la comodidad del Oeste, acostumbrarnos a la vida diaria fue un desafío. Solamente había dos restaurantes en esta ciudad de diez millones que tenían comida de forma regular: McDonald’s y Pizza Hut. Muchos días se pasaron en intentar encontrar algo para que nuestra familia comiera que se podía preparar sobre un hornillo en nuestra habitación en el hotel. Aprendimos pronto que los restaurantes locales eran impredecibles. Después de llevar a un grupo de visitantes a un restaurante de buena apariencia, mirábamos el menú. Cuando llegaba el mesero, el primer invitado pedía algo del menú, solo para que le dijera: “No tenemos eso hoy”. Continuando con su segunda selección, al invitado le decía: “No tenemos eso tampoco hoy”. Después de descubrir que no estaban disponibles ninguna de nuestras selecciones, preguntábamos: “¿Qué tienen?” “Oh, hoy solo tenemos pollo Kiev”. Eso pasaba habitualmente, y se volvió cómico porque nos preguntábamos por qué nos entregaban un menú completo si casi no había comida en la cocina.

Lavar ropa para una familia de cuatro era otra cosa. No había lavanderías, y pocas personas tenían una lavadora, ni hablar

de una secadora. Había noches que nuestros dedos sangraban por lavar todo a mano en una ducha con agua helada en el hotel. Quizás se pregunte por qué el agua estaba helada. En el sistema soviético, todo estaba centralizado, hasta la calefacción y el agua caliente. La ciudad de Moscú tenía seis plantas de cogeneración, donde se calentaba el agua para producir vapor y así electricidad, y el agua residual se enviaba por la ciudad para calentar casas y proveer agua caliente para los grifos. Sin embargo, durante el verano, cuando no era necesaria la calefacción, las plantas se cerraban, una a la vez, para hacer mantenimiento y reparos. Cuando su planta cerraba, no había agua caliente hasta por un mes. Esto era parte del ritmo de vida normal durante la época soviética. Supusimos que las personas se duchaban con agua fría en esos meses de verano, y no fue hasta nuestro segundo verano que nos dimos cuenta de que los rusos tenían una forma de lidiar con el sistema, Para entonces, aprendimos que el primer adulto en levantarse por la mañana ponía una olla de agua en la estufa para calentar. Mientras tanto, un tazón muy grande se colocaba en el fondo de la bañera. Esto se llenaba a medias con agua casi hirviendo y se agregaba agua fría hasta alcanzar justo la temperatura exacta. Uno podía pararse en la bañera y usar una taza grande para ducharse o bañarse con agua tibia. Cada olla bastaba para dos personas. Si cuatro se tenían que bañar, simplemente se repetía el proceso. Pero ese primer verano, no éramos tan inteligentes, y no teníamos bañera. El hotel solo tenía ducha, así que nos parábamos en el agua fría, frotando esas pequeñas medias, desesperadamente intentando limpiarlas.

Estábamos solo intentando sobrevivir, y aun en medio de todo, ¡se suponía que éramos misioneros trayendo gente a Cristo!
Algunos días no nos sentíamos buenos cristianos ni misioneros,

porque estábamos en modo supervivencia. Al fin, al terminar el verano, se fueron todos los americanos y tuvimos que organizarnos y establecer una iglesia.

CUATRO

Iglesia y estado

FRANKLIN

MIRAR LA HISTORIA DE LA RELIGIÓN en Rusia es como examinar una telaraña. Conexiones y relaciones intrincadas, ideas y conflictos, llegan hasta una historia turbia. Fue en el año 988 que Vladimir el Grande escogió una forma de cristianismo que había sido declarado la religión oficial del Imperio Bizantino. Los ciudadanos del Imperio Bizantino en esa época se consideraban romanos y parte del Imperio Romano Oriental. El asiento de poder imperial se había movido de Roma a Bizantino, donde el griego en vez del latín era el idioma predominante. El Imperio Bizantino duró de 330 a.C. hasta 1453 d.C., con el centro en Constantinopla (hoy Estambul). Mucho más tarde, en el siglo XIX, Zar Nicolás I proclamó: “Ortodoxia, autocracia y nación”. En otras palabras, ser ruso significaba lealtad al zar y adhesión a la ortodoxia rusa oriental.

A través de su historia larga y a menudo oscura, las rupturas, facciones, disputas y opresión de la religión llevó a un panorama perplejo en la competencia para el alma de la Madre Rusia. Junto con las tradiciones medievales, fomentado y cultivado por el poder absoluto de los gobiernos zaristas, la iglesia y el estado frecuentemente se combinaron sin distinción ni barrera. Hasta el 1905, por ley, únicamente la iglesia ortodoxa rusa estaba permitida participar en el trabajo misionero de conversión.

En cambio, a ninguna otra tradición religiosa se le permitía hacer proselitismo en cualquier forma (aunque claro, lo hacían, encubiertamente).

Al mismo tiempo, existían elementos de la iglesia católica romana y el luteranismo llevado al país en su mayor parte por inmigrantes alemanes, importados en masa por Catalina la Grande (quien había sido una princesa alemana antes de su matrimonio y que gobernó como zarina con mano de hierro de 1762 a 1796) para desarrollar la agricultura junto al gran Río Volga y los llanos adyacentes. Ella les prometió a los alemanes cien años de vida sin impuestos en colonias alemanas. Ellos servirían como una barrera humana entre los mongoles y el resto de la sociedad rusa, pero tenían libertad para labrar, adorar y conservar su vida y cultura.

En los mediados a los finales del siglo XVIII, Karl Marx, uno de los padres del comunismo, declaró que “la religión es el opio del pueblo”, es decir, que el rol de la religión es como un “bálsamo metafísico” para el verdadero sufrimiento tanto en el universo como en la sociedad. Esto fue un aspecto fundamental de la Revolución de 1917 que derribó al régimen zarista e instaló un nuevo gobierno “proletariado” que elevó al estado al poder supremo y trabajó para erradicar la religión de la nación. Los curas y pastores se asesinarían, cerrarían los monasterios, los símbolos religiosos, hasta la Santa Biblia, serían controlados por el estado, con la meta de eliminar el opio de Dios de la sociedad. Habría un “nuevo hombre”, el ideal soviético, debajo del símbolo de la hoz y el martillo. El martillo representando a los trabajadores con la hoz representando a los campesinos unidos se mostraría en paredes, auditorios, banderas y estandartes, todo debajo de una sola estrella roja.

Así que, en la revuelta de 1991, que derribó al sistema soviético mediante un golpe, intriga, manipulación y el caos resultante, de repente la expresión religiosa fue una posibilidad, Y entró un diluvio de información sobre la Biblia, la religión y la iglesia, incluyendo la Iglesia del Nazareno. Pero la pregunta era, ¿cómo alcanza reconocimiento legal una organización religiosa? Nadie realmente lo sabía.

El dictador antiguo fallecido, Iósif Stalin, había brutalmente impuesto regulaciones en contra de toda forma de vida religiosa. Sin embargo, en 1944 cuando Rusia estaba a punto de perder la batalla con Alemania en la Gran Guerra Patria, Stalin decidió buscar el apoyo de todas las sectas y grupos marginales al obligar a todas las facciones religiosas a unirse “voluntariamente” a la Unión de Cristianos Evangélicos Bautistas (UECB).

Dr. Hermann Gschwandtner, un pastor y líder nazareno en Alemania, había trabajado por años con Cristo en Cada Hogar como director del continente para Europa Oriental y había hecho muchos contactos con líderes cristianos en el Oriente. Entre ellos estaban los líderes del UECB, y así naturalmente, se acercó a ellos cuando cambiaron las condiciones. De repente, parecía que habría una posibilidad de alcanzar acuerdos con oficiales de la iglesia tanto como el estado.

De 1991 a 1992, hubo reuniones con grupos pequeños de líderes nazarenos y líderes del Ministerio de Sectas (una agencia del sistema soviético diseñada para monitorear y controlar cualquier grupo religiosos que no era la iglesia ortodoxa). Yo estuve involucrado en varias de estas reuniones, cada una memorable, por decir lo menos.

Una reunión fue en una oficina oscura y atestada de un secretario diputado del Ministerio de Sectas, un hombre de edad media que representaba al establecimiento soviético. Durante la reunión, yo le hice una pregunta, una que me pareció perfectamente normal de parte de la iglesia. “¿Cuáles son los procedimientos para conseguir visas de residencia y permisos para el trabajo para trabajadores religiosos?” pregunté. Recuerdo que él se reclinó en la silla, sonrió con suficiencia, y declaró, “No tenemos procedimientos para esto. La realidad es que nadie quiere venir a Rusia a trabajar, sólo quieren irse”. Él sabía que estaba a punto de perder el empleo porque el gobierno soviético se estaba desintegrando en ese mismo momento. No había procedimientos. Nos sentamos en silencio incómodo. Bueno, ¿cómo nos íbamos a registrar?

Sin embargo, en una reunión aparte, sí hicimos un acuerdo con la UECB en un memorando de entendimiento (MOU) para que ellos fueran la agencia patrocinadora para que la Iglesia del Nazareno operara legalmente (aunque esas leyes cambiaron en cuestión de semanas bajo un nuevo gobierno, que llegaría a ser la Federación Rusa). Esto ocurrió el 30 de enero de 1992.

Más adelante, otras medidas se tomaron para encontrar formas de conseguir visas y hasta un procedimiento para la compra de propiedad en una sociedad donde, por tres cuartos de un siglo, no había permitido propiedad privada. Resultó ser un proceso legal desafiante que aún sigue hasta hoy como el gobierno intenta desincentivar la libre expresión de religión.

Dr. Kent Hill animó a los Sunberg a trabajar con una abogada rusa, Natalia Visotskaya. Era creyente, y había sido nombrada por Chuck Coleson para liderar su ministerio en prisiones en Rusia. Había un sinnúmero de preguntas y dudas legales.

Después de una conversación larga con esta mujer profundamente atenta, los Sunberg se quedaron con un dilema. Ella les había explicado que las leyes soviéticas se habían escrito de tal forma que una persona siempre estaría infringiéndolas. No había manera de funcionar bajo la ley porque estaban puestas como una trampa. De esa forma, el gobierno siempre podía tener una excusa para arrestarle. Lo mejor que podía hacer era dar consejos sobre qué podría ser el camino hacia adelante, con la condición de que nunca había una respuesta “correcta”. Esto llevó a algo de verdadero examen de conciencia en cuanto a hacer decisiones. Cuando uno es de una sociedad de ley y orden, la idea de tener que hacer decisiones a conciencia de forma diaria vendría a ser fuente de estrés para los Sunberg. Ni siquiera el manual de política de Misiones Mundiales era de mucha ayuda porque la iglesia nunca había trabajado en este tipo de sociedad. Todo era nuevo y algo aterrador.

Lo interesante que se descubrió fue que, bajo ley soviética, el gobierno no podía quitarle la vivienda a una mujer con hijos. Aunque el manual de política de Misiones Mundiales decía que los misioneros no debían comprar propiedad ni tenerla a sus nombres, por consejo de nuestra abogada rusa, a fin de cuentas, todo apartamento estaba a nombre de nuestras misioneras que tenían hijos. Esto, sin embargo, llevó a otro desafío, como cada vez que nuestros misioneros salían del país para renovar sus visas (que podía ser una o dos veces al año), tenían que volver a registrarse en sus lugares de residencia. Aun cuando la misionera era dueña del apartamento, ella tenía que ir a las autoridades locales dentro de tres días para obtener permiso para que su familia viviera en el hogar con ella. Se tenía que escribir una carta con la solicitud para registrar a los miembros de la familia en la casa. El primer encuentro en la oficina

gubernamental sería con la oficina de servicios para averiguar que todas las facturas se habían pagado. No había medidores, pero los cobros para los servicios públicos se basaban en el número de individuos registrados en la vivienda. Si había un saldo pendiente, la factura se tendría que pagar antes de que se diera el permiso a la solicitud. La factura no se podía pagar en la oficina de gobierno, sino en un banco local con dinero en efectivo, con el recibo completado correctamente en ruso. Si el recibo no estaba completado correctamente, el individuo detrás de la ventanilla le gritaría a la persona intentando hacer el pago, probablemente decirle que era un tonto, y enviarle a él o ella al final de la fila. Podría tomar horas pagar la factura de servicios, solo para regresar a la oficina gubernamental con el recibo completado. Esto, sin embargo, sólo le daría acceso a la siguiente ventanilla.

En una ocasión, Carla Sunberg fue detenida por el director del precinto, que le daría aprobación final para que su familia viviera con ella, y le preguntó cuántos radiadores tenía en el apartamento. Rápidamente, ella contó mentalmente y dio lo que creyó ser la respuesta correcta. Luego él le preguntó si eran los radiadores originales o si se habían cambiado o actualizado alguna vez. De hecho, se habían cambiado por estar en tan mala condición. Él preguntó si los Sunberg habían pagado para apagar el agua para que se hiciera el cambio de radiadores. Ellos no habían pagado para apagar el agua porque se cambiaron en la temporada del año cuando el gobierno ya apagaba el agua para trabajar en la tubería, generalmente un mes cada verano. A Carla entonces le dijo que esto no era justo. No era justo que cambiaran los radiadores cuando el agua ya estaba apagada y que no pagaran para apagar el agua. Ella tendría que regresar a su apartamento con un ingeniero de la

ciudad que contaría sus radiadores para que le cobraran a ella para apagar el agua que no necesitaba ser apagada. Después de unas horas más de contar radiadores y pagar multas, al final del día, todos los Sunberg fueron permitidos vivir juntos en la casa que era de ellos.

El desafío más grande en navegar el sistema legal fue la desintegración de la Unión Soviética. Las primeras visas de los Sunberg eran por la UECB y para la Unión Soviética. Dentro de un mes de la llegada de los Sunberg, se estaban estableciendo fronteras entre los estados nuevamente independientes. Cada nuevo país tenía que escribir sus propias leyes y determinar un proceso para obtener visas. Si una persona viajaba de Moscú a Kiev, él o ella podría estar en el mismo país, o quizás no. ¡Quién lo habría de saber! A veces, era obvio, solo el Señor sabía.

CINCO

Primeras obras

CARLA

A LO LARGO DEL PRIMER VERANO, los equipos de Jóvenes en Misión, al igual que los equipos de Trabajo y Testimonio, habían hecho contactos con jóvenes en la comunidad. Rusia tiene noches de verano largas, y quedarse despierto y disfrutar del descanso del invierno es completamente aceptado, con la hora de ir a la cama a la medianoche. Como resultado, a cada atardecer personas se congregaban alrededor de la arena al aire libre en el complejo deportivo de Bittsa donde nos estábamos quedando. Los americanos sacaban su equipo de béisbol y comenzaban a jugar. Jóvenes se reunían y pedían unirse y pronto se formaba una multitud. Estaban ahí para jugar, practicar el inglés y preguntarles a estos voluntarios jóvenes qué los había traído a Rusia. Un grupo parecido de voluntarios había llegado a Ucrania, y la escena se repetía cada tarde en la ciudad de Kiev.

La curiosidad no solo en cuanto a los americanos sino también sobre la Biblia y el cristianismo era endémica en las personas que conocíamos. La Biblia había sido confiscada de muchos hogares y ahora, repentinamente, la gente era libre para leerla y comentar sus contenidos. Después de setenta años de secreto, la gente quería saber por qué había habido tanto temor de este libro. El hambre por información y cosas espirituales era

grande y seguía creciendo entre los adultos jóvenes que ahora se encontraban libres para examinar el cristianismo.

Muchos de los jóvenes rusos llegaron a despedirse de los voluntarios. El bus alquilado apareció, y las personas y maletas se subieron. Nos paramos ahí con nuestros nuevos amigos, despidiéndonos a los que habían servido tan bien ese verano. Había lágrimas en nuestros ojos, porque extrañaríamos a nuestras nuevas amistades, pero eran también para nuestra pequeña familia que le decía adiós a nuestra última conexión al “hogar”. Estaríamos ahora solos, con los Campbell y Mark Mann, un joven de los equipos de verano que no volverían por unos meses. Seguíamos viviendo en el hotel.

De alguna manera el Señor nos mantuvo esos primeros meses. Ese primer fin de semana, después de que los equipos se fueran, reunimos a los jóvenes rusos en el hotel y tuvimos una conversación sobre cómo deberíamos proceder. Les preguntamos si querían comenzar cultos de iglesia, y todos asintieron. Habiendo estudiado un poco de misiología, Chuck y yo no queríamos poner demasiada de nuestra propia marca en la iglesia. Había pocas iglesias evangélicas en el país, pero no queríamos plantar una iglesia americana, más bien una que reflejaba el contexto local. Empezamos a hacer preguntas, intentando obtener ideas de estos jóvenes sobre “cómo” hacer la iglesia. Por fin uno levantó la voz y dijo, “Jamás hemos estado en una iglesia en todas nuestras vidas. No tenemos idea de cómo debería ser la iglesia”. Así que juntos empezamos a soñar sobre una nueva Iglesia del Nazareno en la antigua Unión Soviética. Los voluntarios Jim y Donna Welchley estaban teniendo conversaciones parecidas en Kiev. Se estaban formando los comienzos de la iglesia en lo que había sido la Unión Soviética.

En Moscú, alquilamos un salón, cerca del hotel Bittsa, donde podíamos tener servicios los domingos. Todo el complejo Bittsa se había construido para los eventos ecuestres de la Olimpiadas de 1980. Las instalaciones habían visto mejores días, pero el personal estaba dispuesto a permitirnos dentro de su auditorio, que tenía hasta piano de cola y podio para el orador. Parecía perfecto. Los jóvenes se reunieron el sábado para practicar canciones que habían aprendido de los universitarios en el verano. Uno o dos podían tocar guitarra, otros cantaban, y suficientes hablaban suficiente inglés para poder comunicarnos. Vladimir se convirtió en intérprete para Chuck. La noticia se esparció de persona a persona que tendríamos nuestro primer culto de iglesia al final de agosto, y ese primer domingo llegaron casi cincuenta personas, quizás por curiosidad, pero también para aprender de lo que había estado escondido tanto tiempo. La respuesta fue entusiasta, y querían continuar, así que nos reuníamos, semana tras semana, orando que el Espíritu de Dios se moviera entre estos buscadores.

El primer invierno, aprendimos que tomaría unos meses en prenderse la calefacción. El gobierno esperaba hasta que llegara a estar suficientemente frío antes de poner a calentar esas plantas de cogeneración. Ya nevaba en septiembre. Nuestra hija mayor, Christy, comenzó el kínder en la escuela angloamericana, y llegó una nota para todos los padres, informándoles que los niños no se quedaban adentro para el recreo durante el invierno sino que necesitaban estar vestidos apropiadamente. Se deberían llevar botas para el exterior a la escuela, y proveer zapatos para el interior. Únicamente se cerraría la escuela cuando las temperaturas llegaban a cuarenta y cinco grados menos cero celsio (sin sensación térmica), y esto era debido a que los buses públicos ya no andarían porque la gasolina

diésel se espesaba y comenzaba a coagularse. Vestirse para la escuela era como prepararse para esquiar, con capas múltiples de ropa, guantes y un traje para nieve, completado con una gorra caliente. Dentro del apartamento se hacía más y más frío mientras anticipábamos el día que encenderían la calefacción. La ropa térmica se puso en septiembre y se volvió esencial hasta mayo. La situación en el salón alquilado para la iglesia no estaba mejor. Las niñas lloraban porque tenían tanto frío, y yo intenté tocar el piano con guantes. Los rusos lo consideran una gran victoria cuando un extranjero puede sobrevivir uno de sus inviernos. Nosotros sobrevivimos. De hecho, no sólo sobrevivimos, empezamos a prosperar.

A poco tiempo de nuestra llegada, a Chuck le pidieron ser el director de área para el trabajo en la antigua Unión Soviética. En este momento simplemente significaba Moscú y Kiev, pero también significaba una visión por lo que Dios querría hacer en este campo vasto. Los voluntarios en Kiev, Jim y Donna Welchley, regresaron a casa, y el área estaba en transición. Chuck se fue para Kiev para preparar el camino para la llegada de los nuevos misioneros, David y Shelly Hayes y familia. Estaría en el tren por catorce horas, pero antes de salir, oró que el Señor lo usara para tocar la vida de alguien de manera especial. Nada inusual ocurrió de ida, y pudo cumplir con todo lo que esperaba hacer en Kiev. Casi se le había olvidado su oración cuando abordó el tren de regreso a Moscú. Caminando por el pasillo estrecho del tren, Chuck encontró su compartimento, un cupé diseñado para cuatro individuos, con dos asientos debajo que se sacaban para crear literas y dos literas superiores para la noche. Él estaba asignado a una de las literas superiores,

Los otros pasajeros, dos hombres y una mujer, finalmente llegaron al compartimento. Estaban hablando ruso entre ellos y voltearon para hablarle a Chuck. En este momento él hablaba muy poco ruso así que respondió en inglés. La rubia bonita se espabiló y le habló en inglés. Ellos tenían mucha curiosidad por qué razón un americano estaría con ellos en el tren. Al continuar la conversación, él compartió sobre su trabajo y por qué había estado en Kiev. La discusión cambió al cruce de fronteras, lo que harían alrededor de la medianoche. Hace solo unos meses, no había habido una frontera entre Rusia y Ucrania, todo era un solo país, la Unión Soviética. Nuestras visas eran para la Unión Soviética, y ahora los estados nuevamente independientes regularmente estaban estableciendo cruces de frontera y sus propias visas. Nunca sabíamos cuándo pasaría esto y cómo afectaría nuestro viaje. Si uno vivía en Moscú, tenía que obtener un nuevo pasaporte para la Federación Rusa. Si uno vivía en Kiev, tenía que obtener un pasaporte ucraniano. ¿Qué pasaría cuando llegaban a la nueva frontera creada en medio de la noche? La preocupación mayor era para Chuck y cómo la patrulla fronteriza miraría la visa de él. Técnicamente, ahora teníamos visas para un país que ya no existía. Mi pasaporte decía que yo también había nacido en un país que ya no existía (Alemania Occidental). Todo estaba cambiando rápidamente. Chuck cruzó la frontera, pero fue la última vez que pudo viajar a Kiev sin visa ucraniana.

Tamara era la mujer en el compartimento de tren esa noche. Ella había viajado a Kiev para ver a su madre enferma y en desesperación había ido a una iglesia ortodoxa para ver si había un cura que rezaría para ella. Quedó impactada al descubrir que la iglesia ortodoxa tenía un menú disponible con precios para servicios religiosos. Ella tendría que pagarle a alguien

para rezar por su madre. Una comunista fiel y atea, Tamara estaba ahora desesperada para ayudar a su madre. El sistema de salud se había desmoronado, no había medicamentos, y ella había perdido toda esperanza. Al pasar la noche hablando ella con Chuck, él empezó a preguntarse si había alguien en Moscú o Kiev con quien él se podía comunicar para orar por esta mujer y su mamá. De repente, fue como el Señor le hubiera hablado y dicho, “¡Tú puedes orar por ella!”. Él la miró y dijo, “Yo puedo orar por ti y tu mamá”. Ella empezó a llorar, preguntándose cómo había llegado a este compartimento con un “cura” evangélico. Él le aseguró que su pequeña comunidad de iglesia en Moscú también oraría por ellas. Ella preguntó si podía llegar y conocer a las personas en la iglesia. Después de explicar dónde quedaba la iglesia, ella se sorprendió. Vivía a solo dos estaciones de metro del lugar de reunión de la iglesia en el Bittsa. Fue entonces que Chuck entendió que el Señor le había contestado la oración antes de ir a Kiev. Tamara era la respuesta a su oración.

El domingo, Tamara y su hijo llegaron al complejo deportivo Bittsa y encontraron el auditorio donde teníamos la iglesia. Nuestra pequeña nueva familia de la iglesia les dio la bienvenida con los brazos abiertos y, durante un tiempo especial de oración, los rodeó y oró por ellos. Unas semanas más adelante, ella y su hijo entregaron sus vidas a Cristo y fueron los primeros dos bautizados por la Iglesia del Nazareno en Rusia.

Chuck le hizo una llamada a Franklin Cook, haciéndole unas preguntas sobre esta nueva congregación. Una pregunta era sobre la ofrenda. ¿Debían comenzar a recoger ofrendas de una? ¿Cómo se le explicaría a la gente? Franklin respondió, “No lo sé, pero lo que sea que hagan, eso lo harán en el futuro”.

Habiendo sido pastor en los Estados Unidos, Chuck decidió hablarle a la gente sobre el diezmar y el “pagar presupuestos”. Después de su primer sermón al respecto, algunas de las mujeres mayores llegaron con él y le preguntaron si eso en realidad estaba en la Biblia. Él les dijo, ¡claro que sí! Entonces ellas le preguntaron por qué no les había dicho eso antes, porque querían hacer todo lo que debían hacer como seguidores fieles de Jesús. Él desafió a la iglesia local a también diezmar para los “presupuestos”. De esta manera, desde el primer día que recogieron ofrendas, ellos dieron 5 por ciento al Fondo de Evangelismo Mundial, 2.5 por ciento al distrito y 2.5 por ciento al fondo universitario. Si uno revisa los expedientes de ofrendas para los distritos de la antigua Unión Soviética, encontrará que ellos aún pagan por completo su Fondo de Evangelismo Mundial. Esto formó parte del ADN de la Iglesia del Nazareno en esta parte del mundo.

SEIS

El lugar de oración

CARLA

EL DÍA QUE PARTIMOS PARA RUSIA, el Dr. y la Sra. Ralph Earle (uno de los profesores de seminario de Chuck) nos habían acompañado al aeropuerto para despedirse y orar para nosotros. Nos prometieron que orarían por nosotras cada día que estuviéramos en el campo misionero. Hasta que fueron capaces mental y físicamente, nos levantaron en oración al Padre. Dentro de algunos años, ambos fallecieron. Sabíamos que habían estado orando por nosotros cada día y a menudo nos preguntábamos quiénes asumirían ese manto y continuarían orando por los misioneros. No creo que podamos comenzar a imaginar todo lo que ocurre en el reino celestial cuando el pueblo de Dios ora.

Una noche tuvimos que manejar a una ciudad a tres horas de Moscú para una reunión oficial. Algunas personas de Moscú nos habían acompañado, pero al prepararnos para el regreso, tuvimos una sorpresa desagradable. La camioneta murió en la carretera, en medio de la nada. El sol se ponía en la distancia, estábamos rodeados por un bosque ruso de abedules, con uno que otro abeto. Sabíamos que necesitaríamos ayuda en llegar al próximo pueblo, así que salimos al camino e intentamos parar

un carro. Nadie se detenía. Por fin, uno de nuestros congregantes rusos, Sergei, deambuló al bosque y regresó con un abedul caído, como de dos metros de largo. Luego fue derecho a la mitad de la carretera, árbol en la mano como una barrera, y se paró firmemente allí hasta que el próximo vehículo se detuvo. Preguntó si nos podían arrastrar al siguiente pueblo. Como cada buen conductor ruso, teníamos consigo un cable de remolque, y nos llevaron al siguiente pueblo, donde esperábamos encontrar ayuda. Desafortunadamente, era demasiado tarde, así que buscamos una forma de regresar a Moscú. Fuimos a la estación de tren, pero ya no había trenes a Moscú esa noche. Por fin decidimos buscar taxi que nos llevaría las dos horas a la ciudad.

Nuestro taxi, si así se puede llamar, era un viejo Lada con fotos picantes pegadas por todo el tablero. Ni llegamos al final de la calle cuando nuestro conductor se detuvo en un pozo público para bombear agua en una botella de dos litros y verterla en el motor. Para entonces, ya era oscuridad total, y yo me preguntaba si alguna persona, además de mí, ¡estaba orando! Al regresar a la carretera, tuvimos que pasar un control de policía. Había un policía en el camino con su porra de rayas blancas y negras, y estaba mirando nuestro vehículo. Ni siquiera habíamos llegado a la carretera y ya nos habíamos parado. Chuck y yo mantuvimos el aliento mientras bajaban al conductor de nuestro carro y lo interrogaban. Algo estaba mal con los documentos y hubo una amenaza de confiscarle el vehículo. Más oración. Por fin volvió el conductor al auto y dijo que no era gran cosa y continuamos el camino.

Pronto se detuvo el tráfico en la carretera. Algo andaba mal. Un vehículo muy largo y grande salió a la carretera en frente de no-

sotros. Chuck y yo nos miramos, y hablando en inglés, preguntamos, “¿Es un ICBM [misil balístico intercontinental]?”. Y sí, lo era. Finalmente, al acercarse la medianoche, nos empezamos a mover. Manejamos más o menos otros treinta minutos hasta ser detenidos de nuevo en el siguiente control de policía. Después de otra larga conversación (y probablemente algún dinero de soborno) con el policía, nuestro conductor reapareció, y seguimos con lo que se estaba convirtiendo en un viaje increíblemente largo de vuelta a la ciudad. De nuevo nos encontramos con otro atasco. Había un accidente en frente de nosotros. Al pasar por el carro compactado, estaba el cuerpo de una joven en la carretera. Nadie la había cubierto, pero era obvio que había fallecido. ¿Alguien está orando? Llegamos hasta el siguiente control de policía donde se nos acabó la “suerte”. Esta vez, nuestro conductor no pudo escaparse de la situación. Confiscaron el carro, se llevaron al conductor, y nosotros nos quedamos de pie en el control en el camino a las tres de la mañana. Encontramos un teléfono y llamamos a una voluntaria, Linda Russell, en Moscú. Ella llegó y nos encontró con apariencia algo lastimera al lado del camino y nos llevó a nuestro apartamento. Era justo antes de la salida del sol, pero al encender la bombilla en nuestra habitación, explotó y se incendió. No quería preguntar: “¿Qué más podría pasar?”. Pero ciertamente sabía que nosotros, y nuestro trabajo, necesitábamos ser inundados en oración. Se sintió como una noche entera de guerra espiritual, pero por la gracia de Dios, habíamos llegado a casa.

Pan cotidiano

Jesús, al enseñarnos a orar, nos dice que debemos orar por nuestro pan diario. Sin embargo, ¿a cuántos de nosotros realmente nos preocupa encontrar pan cada día? Es tan simple como ir al supermercado y comprar un pan. No es tan caro, y ¡está lleno de suficientes conservantes para durar mucho más que sólo un día! Yo creo que lo que Jesús está diciendo es que quiere que dependamos de él para las necesidades diarias de la vida. Desafortunadamente, cuando tenemos los medios para proveer para nuestras propias necesidades, no creemos que sea necesario depender de él. “Danos hoy nuestro pan cotidiano” entonces se vuelve simplemente algo bonito para decir cuando repetimos su oración.

Yo nunca en mi vida había experimentado escasez de comida. Era fácil simplemente ir a la tienda y comprar lo que necesitaba. De repente, me enfrentaba el reto de encontrar suficiente comida para alimentar a mi familia. Mi primera salida a la panadería fue una ocasión inolvidable. Roy y Caroline Campbell ya habían estado allí unas semanas, así que nos intentaban enseñar cómo funcionaba todo. Caminamos casi un kilómetro (media milla) por una acera empolvada y por césped a la altura de la rodilla hasta por fin llegar a la panadería. Parecía haber cientos de personas dentro y alrededor de la tienda. Me sentí como niña de nuevo, como si fuera mi primer día de clases. Me dio miedo entrar y no podía leer ni un letrero. Todo me parecía griego. En la entrada del edificio, encontramos una fila de puertas de madera, cada una cerrada menos una. Mis ojos se tuvieron que acostumbrar a la oscuridad al entrar, y casi me tropecé con una reja de metal, que más adelante aprendí que era para limpiar la nieve de los zapatos en el invierno.

Había algo nostálgico en la tienda. De alguna forma parecía una pintura de Norman Rockwell en vida real. El centro de la tienda estaba vacío, pero todas las paredes tenían estantes, y en frente de ellos había mostradores de vidrio. Los empleados estaban de pie detrás de los mostradores y noté que allí, debajo del vidrio, había unos pocos panes. Roy me dijo que lo siguiera para enseñarme el proceso para comprar pan. Ya era una mañana de verano cálida, y subía la humedad tanto como la temperatura. La mayoría de las personas en la fila eran mujeres, de vestidos sin mangas de verano y zapatos de tacón alto.

Encontramos el final de la fila y empezamos a guardar nuestra posición. Rápidamente me di cuenta de que no era asunto de espacio personal aquí, pero de mantener la posición en la fila. Una cantidad pequeña de espacio personal podría ser considerada un puesto vacante en la fila. Era importante seguir presionando hacia delante. Al final llegamos al mostrador de vidrio, y ante mí había tres panes: uno blanco con dos cortes largos arriba, otro blanco con cortes diagonales y por último un pan muy oscuro. Yo no sabía qué debía hacer. Roy rápidamente señaló al pan blanco con cortes diagonales. La mujer bruscamente nos entregó un papelito de carnicero de tamaño de una estampilla con un número, y con eso ella terminó con nosotros.

Estaba confundida. Yo no tenía pan. Sólo tenía un pedacito de papel. Temé hacerle preguntas a Roy porque, aunque el edificio estaba lleno de gente, también había un silencio sepulcral. Nadie le hablaba a otro, y yo no sabía si debía hablar en voz alta o no. Tenía miedo de que me escucharan hablar en inglés. Roy me llevó a otra fila. Esta vez cuando llegamos al frente había una mujer detrás de una gran caja registradora manual gris.

Ella parecía tener un ceño fruncido permanente. Roy le entregó el pedazo de papel, junto con algo de dinero. Ella agarró el dinero un poco airadamente porque se dio cuenta que debía darle cambio. El ceño fruncido ahora fue acompañado por una mirada asesina. Sacó un ábaco del tamaño de una tabla de lavar. Observé cómo volaban sus dedos por el ábaco y luego se metieron en la caja para entregarnos el cambio y un recibo.

Habían pasado casi treinta minutos desde haber entrado a la tienda. Teníamos un recibo, pero no teníamos pan. Yo seguía a mi líder, Roy, en silencio, pero ahora me llevó de nuevo a la fila original. Yo estaba perpleja. ¿Qué hacíamos? Sin embargo, Roy tenía una mirada de confianza en la cara y yo simplemente iba a confiar en él. ¿Qué más podía hacer? Mis sentidos estaban sobrecargados al intentar absorber todo en la multitud de personas manteniendo sus posiciones en la fila. Lo extraño era, en medio de todo el espectáculo, los sonidos y aromas, faltaba un aroma. Era ese aroma maravilloso de los sábados por la tarde cuando mi madre horneaba pan, ese aroma que dice: “Estás en casa”, o “Estás seguro aquí”. El sistema comunista había consolidado todas las panaderías y ahora todo el pan se horneaba en fábricas. Las panaderías era meramente puntos de distribución y cada una surtía las mismas tres variedades que cada otra panadería en el pueblo. Mientras me perdía en mis pensamientos, habíamos llegado al mostrador de vidrio de nuevo. Le entregamos a la mujer nuestro recibo y ella alcanzó a sus espaldas con la mano descubierta y agarró nuestro pan sin envoltorio. Llegamos a la puerta con nuestra carga preciosa, y cuando llegamos a la luz del sol, Roy alzó el pan al aire, como si fuera una antorcha olímpica y había ganado el maratón.

En los días por venir, aprendí muchas lecciones sobre comprar pan. Muchos días me aventuré sola. En realidad, no me gustaba esperar en filas y descubrí que más tarde en el día, cuando echaba un vistazo adentro por la puerta, las mujeres en la tienda no parecían estar muy ocupadas y no había filas. Decidí que sería más astuta que los demás y que llegaría por la tarde, después de terminarse las filas. Poco sabía yo que el sistema comunista requería que las tiendas permanecieran abiertas hasta la tarde, aún si no había nada que vender. ¡Con razón las mujeres no parecían estar ocupadas! Cada día se acababa el suministro de pan, y el resto del día simplemente se sentaban a charlar entre ellas.

Nuestro primer invierno comenzó, y junto con el invierno llegó una economía en caída. Ahora, aún si había pan para comprar, a muchos de los ancianos ya no les alcanzaba para comprarlo. Sus costumbres de compra empezaron a cambiar y pedían comprar un cuarto o medio pan negro. Mi corazón se quebrantó cuando supe que el jubilado promedio ahora vivía con ocho dólares al mes, sobreviviendo de pan negro y té durante días.

“Danos hoy nuestro pan cotidiano”. Nunca había entendido esta lección de verdad y fue una que aprendería bien de mis queridos amigos rusos. Me enamoraría de la gente y de su pan maravilloso, pan hecho sin conservantes. Si no comía todo el pan, dentro de pocos días empezaría a crecer moho verde azul. Así como el maná en el desierto no se podía coleccionar y almacenar, tampoco el pan en Rusia. Aprendimos depender del Padre para darnos el pan de cada día, y al mismo tiempo, aprendimos depender de él para nuestro pan espiritual.

Dios no promete darnos todo lo que queremos, pero sí promete satisfacer nuestras necesidades. ¿Cuánto pan necesita-

mos? ¿Cuánto necesitamos de todo? “Danos hoy nuestro pan cotidiano” también es un recordatorio o una advertencia que no deberíamos estar guardando nuestros bienes personales o materiales. En el siglo IV, hubo hambruna en partes del mundo romano. San Basilio el Grande, intentando alimentar a los pobres, predicó un sermón a los que guardaban sus riquezas. “El pan que se está echando a perder en su casa le pertenece a los hambrientos. Los zapatos pudriéndose debajo de su cama le pertenecen a los que no tienen. La ropa guardada en su baúl le pertenece a los que están desnudos”. Los ricos tenían más que suficiente mientras los pobres morían de hambre.¹

Ahora estoy de vuelta en Norteamérica y puedo ir al supermercado y comprar cualquier tipo de pan que quiera, y ni siquiera tengo que esperar en una fila. ¡Me impacta que puede tomar semanas para que aparezca moho verde azul! Al mismo tiempo, extraño mi pan ruso. Y que nunca se me olvide en verdad qué quiere decir “Danos hoy nuestro pan cotidiano”.

Flashback del primer siglo

Cuando llegamos en Moscú, había mucha actividad con grupos de misiones, incluyendo el nuestro. Las iglesias rusas estaban intentando conectarse con quienquiera para ayudar con sus ministerios. Fue un poco caótico al comienzo. En medio del caos, recibimos una llamada de una iglesia bautista rusa en el

1. Citado en Leonardo Boff, *The Lord's Prayer: The Prayer of Integral Liberation* [El Padre Nuestro: La oración de liberación integral], trad. Theodore Morrow (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1983), 84, archivo de Internet, <https://archive.org/details/lordsprayerpraye0000boff/page/n7/mode/2up>.

pueblo de Salekhard, muy lejos en Siberia. Nos preguntaron si podríamos ayudarles a evangelizar los pueblos esparcidos al lado del río Ob. Como apenas comenzábamos nuestra obra y pedíamos que Dios nos guiara a donde él quería que fuéramos, pensamos que sería buena idea hacerlo. Además, Chuck nunca había estado en Siberia. Como querían que fuéramos en julio, Chuck pensó, “¿Por qué no? No hay que lidiar con nieve.” Acorramos unirnos al patrocinar sus esfuerzos evangelísticos. Este era nuestro segundo invierno en el país. Un equipo de Jóvenes en Misión (YIM), patrocinado por el departamento de Misiones Mundiales, vendrían para unirse a Chuck y los otros. Sería una experiencia que les cambiaría la vida a todos.

Se hicieron los arreglos, y el grupo fue al aeropuerto para abordar su Yak-40. Después de mucha oración, despegaron, hacia el noreste, a Siberia. A mitad del camino aterrizaron para poner combustible y luego continuaron. Al prepararse para aterrizar, miraron por la ventana y descubrieron que el área alrededor del aeropuerto parecía un cementerio de aviones. Se habían abandonado aviones viejos en este lugar. Hasta había remanentes de uno o dos accidentes aéreos. Muy alentador. Al aterrizar, la pista era muy irregular. Cuando se bajaron del avión, notaron que la pista era un tipo de enrejado viejo, que, supusimos, se debió haber diseñado para mejor tracción en la nieve de invierno.

Esta fue la primera experiencia de Chuck en el pueblo siberiano de Salekhard. El pueblo tenía una población de aproximadamente treinta mil, y era un centro regional. Algunos de los hermanos bautistas compañeros para esta misión recibieron al equipo. Les dijeron que el plan era abordar un barco en la mañana y viajar por como cinco horas antes de llegar a la pri-

mera aldea donde harían ministerio. El barco tenía dormitorios y una cocina, y esto sería el hogar del equipo para la siguiente semana.

Había siete en el grupo: tres estudiantes YIM, un voluntario que estaba en su primer año con nosotros, dos hermanas rusas y Chuck. En la mañana, abordaron el barco y salieron río arriba. Estaba muy cálido, hasta caliente a veces. Aprendimos que julio en Siberia es verano. Las personas que viven allí todo el año prefieren el invierno porque no hay mosquitos y es más fácil transportarse. Una vez que se congela todo, se puede manejar sobre los ríos y lagos. La vista al lado del río era impresionante. Las aguas estaban llenas de peces y la tierra era salvaje y prístina.

Por fin llegaron a la primera aldea, donde vivían alrededor de doscientas personas. Algunas personas eran descendientes de disidentes arrestados por el gobierno años atrás por ser abiertos en su oposición al gobierno. Su castigo fue exilio a una aldea remota siberiana. Otros de la aldea eran indígenas, los nenet. Los otros aldeanos les decían paganos. Cuando el barco arribó (no había muelle), se bajó una tabla y el equipo cuidadosamente desembarcó. Caminaron al centro de la aldea y la gente empezó a llegar de todos lados. Este grupo era un espectáculo para ellos.

Después de organizarse, se presentaron, cantaron unas canciones y Chuck predicó un corto mensaje de Juan 3:16. Habló de Jesús. Les dijo que Jesús los amaba y que quería que fueran sus seguidores y que Jesús les podía alcanzar en su necesidad más profunda. Al final del mensaje corto, el equipo YIM empezó a hacer animales de globos para los niños. Nunca habían visto algo parecido, y las reacciones fueron preciosísimas.

Mientras que Chuck se paraba allí, mirando todo lo que sucedía, una pequeña señora del pueblo indígena le jaló la camisa. Él la miró, y al lado de ella estaba un niño pequeño. Ella le preguntó a Chuck si él creía en todo lo que había dicho, y él le dijo que sí. Ella le preguntó si todo era verdad, la persona de quien hablaba, y Chuck dijo, “¿Se refiere a Jesús?”. Ella dijo, “Sí. ¿Este Jesús de verdad me puede ayudar con cualquier cosa?”. Chuck respondió que sí podía. Ella miró a su niño pequeño. Le dijo a Chuck que él tenía siete años y que nunca había dicho ni una sola palabra, y ella preguntó, “¿Jesús podría tocarlo?”. Chuck pensó para sí mismo, “OK, esto está serio”. Ella tenía tanta esperanza y hasta fe en su voz. Ella estaba desesperada por su hijo. Chuck puso su brazo alrededor de ella y de su hijo e hizo una simple oración por él. Cuando Chuck abrió sus ojos, nada había pasado con el hijo, pero la señora estaba llorando. Las lágrimas corrían por su cara, y lo único que podía decir repetidamente era, “¡Spasibo, Jesus!”. (¡Gracias, Jesús!).

¿Fue así como con los discípulos del primer siglo? ¿Contando a la gente la historia de Jesús, las personas escuchando su nombre por primera vez y luego la gente creyendo? Fue un momento poderoso. Casi al mismo tiempo llegó otra señora y dijo que quería mostrarle algo a Chuck. Una de nuestras hermanas rusas y Chuck fueron con esta mujer. Ella los llevó a su pequeña cabaña. En el cuarto de atrás ella tenía lo que llamaba su esquina “santa”. Era una mesa en la esquina del cuarto, con unos pequeños íconos encima y unas velas. Más arriba en la esquina estaba un ícono colgante, como del tamaño de un cristal cuadrado de una ventana. Ella se paró sobre una silla y bajó el ícono de la pared. Cuando lo volteó, una imagen de Lenin estaba detrás. Ella había sido maestra de escuela en la

ciudad grande por cuarenta años. Esta imagen de Lenin había colgada en su clase todo ese tiempo. Nadie supo que detrás de la imagen de Lenin estaba un ícono. Ella dijo que ahora Lenin era el que estaba en la esquina. Esta mujer preciosa dijo que se había venido a esta aldea a jubilarse. Allí vivía con su esposo, hijo adulto y otro miembro de la familia, quienes todos eran alcohólicos. Ahora los tenía que cuidar a todos, y era una vida dura. Ella miró a Chuck y comenzó a llorar. Luego le preguntó a Chuck si él pensaba que ella estaba haciendo lo correcto. Ella quería su aprobación por alguna razón. De nuevo, él la abrazó y le dijo que estaba haciendo bien y que Dios estaba complacido con ella. Recordando el momento, Chuck dijo, “No creo que jamás hubiera conocido tan fiel seguidora de Dios en medio de tanto dolor y sufrimiento.”

Salieron de la cabaña y caminaron al centro de la aldea. El equipo YIM estaba terminando y reuniendo sus cosas. Era hora de volver al barco. Al alejarse el barco, la mayoría de los aldeanos estaban en la orilla, despidiéndose del grupo con las manos. Allí en medio de la pequeña multitud estaba la pequeña mujer indígena con la que Chuck había orado.

Estaba diciendo adiós con la mano. Sus mejillas seguían humedecidas por las lágrimas, y si Chuck entendía bien, seguía diciendo, “Gracias, Jesús.” La lección que Chuck y el equipo aprendieron ese día que Dios está en control. Cuando comienza algo nuevo, es con mucha oración y fe que Dios le guiará. Hemos encontrado que él siempre lo hace. Nunca olvidaremos esa primera aldea. Ahora les tocaba a los hermanos bautista continuar. Parecía que habían comenzado bien. ¡Gracias, Padre!

Sería un viaje de ocho horas a la siguiente aldea. El equipo se instaló, cenó algo, miró las vistas y se acostaron. Ya había sido

un día largo, y las camas duras de abajo en realidad se sentían bien. A unas cortas horas del sueño algo reparador, lo despertó nuestro voluntario. Él estaba sentado en su cama y le faltaba el aliento. Chuck le preguntó qué pasaba, y él dijo que estaba teniendo un ataque de asma. Chuck le preguntó qué podía hacer por él, y el hombre respondió que sólo intentaría dormirse de nuevo. Poco después despertó de nuevo a Chuck y ahora en realidad estaba en problemas. Casi no podía respirar y parecía que los labios se tornaban color azul. Estaba sosteniendo un EpiPen (autoinyector de epinefrina) en la mano, pero parecía estar congelado, sin poder inyectarse. Sin pensarlo mucho, Chuck agarró el autoinyector, lo clavó en la pierna del hombre, y lo sostuvo allí unos diez segundos. En unos minutos el hombre se acostó y pareció relajarse.

Chuck subió a la cubierta para avisarle al capitán que había un problema. Eran como las tres de la mañana, y al salir a la cubierta, estaba tan soleado como el día. Se nos olvida que en julio nunca se oscurece en Siberia. Era asombroso. El capitán decidió desviar el barco hacia una aldea más cercana que tenía doctor. Tardó como una hora en llegar allí. Encontraron a la doctora de la aldea y la despertaron. Ella vino al barco y le dio a nuestro voluntario una inyección de algo que le ayudó. Entonces se tuvo que hacer una decisión difícil. Era mejor voltear el barco y regresar a Salekhard, donde habría mejor atención médica.

No había aviones disponibles para volver a Moscú, así que el equipo se quedó en Salekhard por lo que les quedaba de la visita. ¡Cada día comieron carne de reno para el desayuno, almuerzo y cena! No había agua en el hotel y tenían que visitar al baño público local para bañarse. Envolvieron sus cabezas

en suéteres para evitar que los mosquitos les picaran mucho. Chuck tuvo un ataque de cálculo renal y fue encontrado inconsciente en el piso del hotel. No había comunicación con Moscú hasta que por fin recibí un telegrama. Chuck y la mitad del equipo regresarían cierto día y los demás al día siguiente.

Cuando Chuck llegó a casa del aeropuerto, no se veía tan bien. Tenía una herida en la oreja y parecía estar cansado y agotado. Yo no sabía nada de su cálculo renal, ni que se había desmayado del dolor, golpeándose la cabeza en algo en el pasillo del hotel. Yo no sabía del voluntario y el ataque de asma. Una vez en una conversación casual, el voluntario me había dicho que había tenido asma de niño pero que no le había afectado en más de diez años. Yo le había empacado un EpiPen en su mochila, por si acaso. De no haberlo tenido, posiblemente hubiera muerto. Entonces Chuck y yo pensamos en Ralph y Mabel Earle, despidiéndonos en el aeropuerto de Kansas City y orando por protección sobre nosotros y nuestro ministerio todos los días. ¿Qué hubiéramos hecho sin las oraciones fieles de gente como ellos? Verdaderamente estamos unidos en esto.

SIETE

Empezar desde cero

FRANKLIN

Era un día extremadamente frío, nublado y gris. El tiempo en finales de otoño en Rusia a menudo es así, un precursor a los inviernos largos y oscuros. Yo estaba en la “dacha”, ubicada unas millas al sur de Moscú.

Las dachas son consideradas casas de vacaciones, generalmente solo ocupadas por parte del año. La tradición de la dacha en Rusia y Ucrania comenzó hace siglos bajo el reino de los zares, quienes regalaban un pequeño terreno con una cabaña o vivienda a personas favorecidas y leales. A menudo tales favorecidos sembraban verduras, disfrutaban del aire fresco o vacacionaban. La dacha donde yo estaba era especial. Se había comprado con regalos de Juventud Nazarena Internacional, en ese momento liderado por Fred Fullerton, como un proyecto denominacional. El edificio era una estructura de dos pisos con suficiente espacio para hospedar a varias personas y un lugar abierto grande. Era ideal para retiros, sesiones de entrenamiento y actividades de jóvenes.

Yo estaba allí para una reunión con pastores y misioneros, tanto rusos como no rusos. Una tarde, el orador programa-

do era Chuck Sunberg, el director de área para la obra en la Comunidad de Estados Independientes (CEI; la nueva alianza de naciones anteriormente parte del imperio soviético). Estar juntos en estas reuniones era importante para crear relaciones y trabajo en equipo y para obtener inspiración e información. Había capacitaciones para educación ministerial, ministerios de compasión, teología, discipulado y una variedad increíble de otros temas requeridos al crear una iglesia de la nada. Pero esta noche era de Chuck.

Después de algunos coros gozosos y entusiastas en ruso y oración, Chuck se paró para hablar. Noté que el grupo de como cincuenta tenía miradas de anticipación, pero también de diversión. Ya sabían lo que Chuck iba a decir y anticipaban escucharlo de nuevo. ¡Yo me preguntaba qué estaba pasando! Era obvio su buena relación, y su sentido de humor siempre se apreciaba.

Al comenzar Chuck su discurso, observé a algunos articular las palabras que escuchaban. El bosquejo general era simple, pero el contenido profundo. Aquí es de dónde venimos, cómo llegamos aquí, por qué estamos aquí, qué creemos, cómo cabemos en el contexto mayor de la iglesia histórica, a dónde vamos y, lo más importante, dónde nos vamos a quedar. Chuck incluía algunas frases o palabras rusas (eran días tempranos en el aprendizaje del idioma) e incluía anécdotas y humor. Al continuar, empecé a comprender. Este discurso estaba poniendo los cimientos para la iglesia y sus líderes.

Después del servicio, les pregunté a algunos rusos sobre la presentación de Chuck. Sin excepción se rieron y dijeron felices, “Oh, lo hemos escuchado antes, pero nos gusta escucharlo repetidamente. Lo llamamos nuestro discurso Empezar de

Cero”. Añadieron que la próxima vez que se reunirían, sabían que lo escucharían de nuevo, únicamente los chistes y anécdotas cambiarían.

Luego caí en la cuenta de que Chuck había encontrado el secreto para lidiar con el núcleo de quiénes éramos e instilar ese núcleo en el ADN de la nueva Iglesia del Nazareno ruso (o Iglesia del Nazareno ucraniano o cualquier otra iglesia nacional emergente).

En la última noche del retiro de tres días, tuvimos una “noche de diversión”. Incluía juegos, comedietas, música y muchas conversaciones. El sketch principal era una representación del discurso Empezar de Cero de Chuck. Estos nazarenos nuevos casi lo tenían memorizado por completo y no les importaba burlarse un poco de Chuck.

La región de Eurasia en esos años era una región en desarrollo más que nada, aunque tenía unas de las iglesias más antiguas de la denominación (India, el Reino Unido, el Medio Oriente, por ejemplo). Pero había tantos países nuevos, y muchos se enfrentaban al mismo problema de establecer una identidad, una estructura de creencias, una cultura de iglesia y protocolos. Esta no es una tarea fácil cuando no hay precedente o historia. Todos necesitaban un discurso Empezar de Cero. Como director regional, empecé a hablar de la necesidad de Empezar de Cero, y en poco tiempo se convirtió en un tipo de mantra en la Región de Eurasia que nos unía y nos daba una identidad en común.

Esa dacha con el tiempo se hizo un lugar donde la gente de muchos lugares se podía reunir, una especie de lugar donde se podía fundamentar. Y el discurso Empezar de Cero de Chuck se

volvió un distintivo en los primeros días de la obra de apertura en la antigua Unión Soviética. Gracias, Chuck Sunberg.

Unos días era un circo

CARLA

Chuck era bueno para recordar continuamente a todo el equipo de la misión y a enfocarse en Empezar de Cero. En realidad, a veces era difícil mantener el enfoque en la misión. Había distracciones, algunas buenas y algunas malas. A veces simplemente nos sentíamos al centro de un circo de tres pistas.

Una vez que corriera la voz que la Iglesia del Nazareno entraría a Rusia, equipos de Trabajo y Testimonio se apuntaron para la oportunidad de venir a participar en el ministerio. No había obra nazarena oficial, y aun así cuatro grupos estaban en camino a Moscú. Llegó primero la Primera Iglesia de Pasadena, guiada por Warren Rood, un líder de equipos extraordinario con dos grupos en los primeros meses. Ellos hicieron equipo con la Unión Bautista en ayudar a los bautistas a construir su sede porque, como se mencionó anteriormente, los bautistas eran los patrocinadores oficiales de la Iglesia del Nazareno en Rusia. Día tras día, los grupos trabajaron, y en las noches y los fines de semana, tuvieron la oportunidad de recorrer la ciudad y ver las atracciones de las cuales muchos solamente habían leído durante los años de la Guerra Fría.

Salidas a la Plaza Roja siempre fueron de lo más destacado. Era donde una persona podía ver las paredes de ladrillo rojo del Kremlin y de la catedral San Basilio. Un sitio un poco menos conocido, pero igual de famoso, era el del Circo Moscú, que, para ese momento, tenía dos ubicaciones dentro de la ciudad.

Tanto el circo viejo (o Nikulin) como el nuevo (o Bolshoi) tenían hogares permanentes en la ciudad de Moscú, y las habilidades de los artistas, animales y payasos eran muy conocidas por toda la Unión Soviética. Moscú tenía la única escuela de circo del mundo, donde cada año tres mil estudiantes jóvenes solicitaban los noventa puestos disponibles. De ellos, solamente dos tercios llegarían a la graduación, con algunos seleccionados para los circos de Moscú y los demás enviados a varios circos por toda la Unión Soviética. Habiendo dicho eso, no hay nada como el Circo Moscú, y casi cada equipo que visitó ese primer verano pasó una tarde en esta atracción extraordinaria. A nuestras niñas pequeñas pronto les encantó la oportunidad de acompañar a los equipos y se enamoraron de sus números favoritos, especialmente del payaso Sergei Prosvirin, cuya habilidad de tocar batería y bailar tap les cautivó, sin importar las veces que asistieran.

Dos palabras de vital importancia para nuestro vocabulario eran “iglesia” y “circo”. La iglesia era importante porque era donde trabajábamos, donde invitábamos a gente a asistir, y donde esperábamos que la gente conociera a Jesús. El circo era importante porque era un lugar donde cada visitante de fuera de la ciudad quería ir. Con frecuencia, llevábamos a las visitas al circo los sábados e invitábamos a nuevas personas a la iglesia los domingos. Trabajamos mucho en aprender esas dos palabras: tserkov para “iglesia” y tsirk para “circo”. Sin embargo, hubo ocasiones cuando nosotros, como familia, confundíamos estas dos palabras, sea al hablar en ruso o en inglés.

Durante nuestro primer año en Moscú, Billy Graham trajo su cruzada a la ciudad. Fue un evento enorme, y miles de personas del campo ruso llegaron para asistir a esta cruzada, que se

titulaba “Renacimiento”. El equipo Billy Graham había trabajado por meses para preparar para la cruzada y les había pedido a todos los líderes de las iglesias cristianas acompañarlos en el proyecto. El problema mayor que descubrieron era que había muy pocas, menos de veinticuatro, iglesias a donde invitar a la gente después del evento. El cristianismo había sido suprimido radicalmente durante los años del comunismo, y todavía no había habido tiempo para recuperación. La Unión de Cristianos Evangélicos Bautistas dirigió el camino e invitó a los demás de nosotros a apoyar la cruzada.

Chuck y yo nos turnamos para ir a la cruzada y quedarnos en casa con las niñas. Un domingo, Chuck se preparaba para ir al servicio. Ya había sido un día largo para las niñas y a menudo ansiaban salir de nuestro apartamento del octavo piso. Nuestra hija mayor, Christy, de cinco años, le rogó a su padre: “Por favor, llévame contigo”. Tenía los ojos fijados en su papá, esperando que pudiera ir. En ese momento, su hermana menor, Cara, unió su voz: “Papi, por favor, déjame ir contigo”. Cara empezó a llorar desconsoladamente: “Por favor, Papi, por favor”. Chuck y yo nos miramos y no entendíamos la atracción de una cruzada de Billy Graham para niñas de cinco y tres años. Decidimos que Christy podía ir con su papá pero que Cara tendría que quedarse en casa. Al salir por la puerta Papá y Hermana Mayor, Cara se tiró encima de su cama, llorando de ira. ¿Por qué tenía que ser abandonada?

La salida a la cruzada comenzó como siempre, caminar por siete minutos por los edificios de los apartamentos a la entrada del metro. En el camino, las aceras alrededor del metro estaban llenas de gente vendiendo de todo, desde pan hasta unos cigarrillos hasta la vajilla de la familia. Todos se convertían

en emprendedores para sobrevivir. Metro Universitet, nuestra estación local, no estaba llena de gente. La arisca vigilante de la escalera eléctrica estaba en su puesto normal, en su jaula de vidrio al final de las escaleras eléctricas de cinco pisos. Ella tenía un cartel en su puerta que decía “Yo no doy información”. Las mujeres de la limpieza estaban trabajando duro, manteniendo la estación limpia y ordenada. El piso estaba salpicado de aserrín y las mujeres trabajaban en esto con sus escobas para que los viejos pisos de granito se vieran de lo mejor posible. La espera al siguiente tren era de sólo tres minutos.

Pronto el vagón del tren color azul oscuro y turquesa, diseñado en la década de 1950, llegó. Una vez que los comunistas encontraron un plan funcional, con eso se quedaban. Por tanto, los vagones de tren circa 1950 y el carro Lada, modelado en el Fiat 1960. Abordar el mismo tren era como subirse a una cápsula de tiempo. Bancas de vinilo café ocupaban las paredes del tren, y una sección especial era reservada para los discapacitados, los ancianos y los que iban con hijos. Los domingos por la tarde no se llenaban los vagones y era fácil encontrar un lugar cómodo donde sentarse.

Tomaba casi una hora llegar al estadio olímpico, donde se llevaría a cabo la cruzada. Cada parada los acercaba más y más al estadio, pero también agregaba más y más personas al vagón. En cada parada, la gente tenía que reacomodarse, agarrar un nuevo espacio en la barra para equilibrarse o mover sus bolsas de una mano a la otra. ¿Otra parada añadiría más personas? Ya la gente estaba presionada una contra otra, levantando las cabezas para respirar. Abrieron las puertas, y otra multitud de personas se introdujo al vagón. Christy ahora estaba en el regazo de su padre mientras él la abrazaba, intentando evitar

que la multitud la aplastara. Por fin llegó el anuncio “Próxima parada, Prospekt Mira”.

Debido a la muchedumbre, no podían ver qué les esperaba en la plataforma. Demasiadas personas habían llenado la estación del tren, y aún así tren tras tren lleno de gente seguía llegando, y las puertas seguían abriendo. Chuck intentó agarrar fuerte la mano de Christy, pero ella era tan pequeña, allí en el fondo de la multitud. Él la levantó y la colocó en sus hombros. La situación estaba alarmante, las personas tan apretadas que se movían como una unidad, un pequeño movimiento con la cadera izquierda, luego la derecha, progresando lentamente a las escaleras eléctricas por delante. Chuck intentó hacerlo divertido para Christy, pidiéndole que fuera su guía. A veces sentía que sus pies ya no tocaban el suelo y que estaba simplemente siendo llevado por las masas. Finalmente se veían las escaleras adelante. Las personas se disparaban de uno de la multitud, como pelotas de ping-pong, y caían en el primer escalón de las escaleras eléctricas, donde eran levantadas y llevadas a salvo fuera de la estación al aire fresco de arriba.

Ese día el coro del Ejército Rojo de Rusia cantó el “Himno de batalla de la República”. Es uno de esos eventos que se queda en la memoria porque, siendo hija de la Guerra Fría, esto nunca iba a suceder. Pero sí sucedió. Dios había derribado los muros, Billy Graham estaba en Moscú, y el coro del Ejército Rojo estaba cantando que sus “ojos ya perciben la gran gloria del Señor”. Era hora para un “renacimiento”, y cuando se hizo el llamado al altar, miles respondieron no solo para aprender más de Cristo, pero para obtener la literatura que se estaba distribuyendo. La multitud de la estación del tren ahora era la turba moviéndose hacia el frente del estadio. El Ejército de Sal-

vacación estaba de guardia, intentando controlar el gentío, pero simplemente había demasiados. Los que estaban intentado discipular u orar con personas que se habían acercado tuvieron que lanzar su literatura al aire y correr por sus vidas al ser aplastados. Chuck, mirando su oportunidad para irse, se dirigió hacia la salida, protegiendo a su niñita en el camino.

El viaje a casa fue sin incidentes, como se habían ido antes que la mayoría de la muchedumbre. Por fin, llegando de nuevo a nuestra estación de metro, Christy y su papá caminaron en la oscuridad entre los edificios grandes de apartamentos y al final llegaron a casa. Christy, normalmente muy habladora, había estado muy callada en todo el viaje a casa. Quizá estaba cansada por la aventura. Tomaron el ascensor al octavo piso, salieron y luego abrieron la puerta de acero para nuestro apartamento. Cara, quien se había recuperado de las lágrimas a unos cinco minutos de la ida, corrió a la puerta para obtener un informe completo de su hermana. Su papá y yo escuchamos cuando Christy por fin habló. Entró a la habitación con su hermana, y con un suspiro, dijo, “¡Fue un servicio, no el circo!”. Los ojos de Cara se iluminaron al darse cuenta de que, en su economía, ella había recibido la oferta mejor. Alzando su puño al aire, respondió, “¡Sííííí!”.

Unos meses más tarde, un profesor, el Dr. Jonathan Salgado, llegó a enseñar uno de nuestros primeros cursos de entrenamiento pastoral. Cada día, Chuck y Jonathan tendrían que viajar al otro lado de la ciudad, de nuestro apartamento al salón de clases. Los taxis piratas eran el método normal de transporte. Un taxi pirata se obtenía al pararse en la banqueta de una calle transitada y alzar el brazo hacia el lado derecho. Dentro de pocos minutos, un carro generalmente se detenía y

comenzaban las negociaciones. Primero, la discusión del destino. Si estaba fuera del camino para el conductor, él o ella simplemente se iba sin más palabras. Si el conductor sentía que le quedaba en el camino, y que le sería a su ventaja llevar pasajeros, comenzaba la discusión sobre el pago. El conductor siempre comenzaba con un precio exageradamente alto. El pasajero o la pasajera siempre decía no y ofrecía un precio exageradamente bajo. El conductor actuaba como si le hubiera insultado. El pasajero entonces se enderezaba y actuaba desinteresado en el auto y fingía como si estuviera al punto de señalar otro carro. El conductor entonces se acercaba y presentaba un precio entre los dos. Ambas partes estarían contentas con esto, y el pasajero se subía al carro para ir a su destino.

Una tarde, camino a clase, Chuck y Jonathan estaban parados al lado de la calle, Chuck con el brazo derecho extendido. Un carro con placas bielorrusas se arrimó. Chuck y el conductor acordaron el precio. Mientras que el carro los llevaba a su destino, Chuck decidió practicar sus habilidades en ruso con el conductor. En su ruso básico preguntó, “¿Qué lo trajo a Moscú?”. El hombre respondió que estaba en Moscú trabajando para el tsirk, o circo, pero Chuck malentendió que el trabajo era para tserkov e inmediatamente supuso que el hombre estaba allí en una misión para el Señor. Chuck siguió usando la palabra tsirk, pensando que hablaba de la iglesia. Chuck ahora estaba emocionado, y miró al hombre y dijo, “Yo también”. El conductor respondió, “No lo creo, nunca lo he visto allí”. Chuck dijo, “Quizás sea porque yo voy a otra diferente”. El hombre dijo, “Bueno, solamente hay dos en la ciudad, y yo conozco a todos los que trabajan allí”. Chuck quería asegurarle al hombre que cosas buenas estaban sucediendo y que nuevas iglesias se estaban plantando. Él dijo, “Oh no, ¡ahora tenemos muchas

más!”. Sabiendo que había solamente dos iglesias bautistas en la ciudad, Chuck preguntó, “¿Es usted bautista?”. El hombre lo miró como si estuviera loco y respondió, “No, ¡yo trabajo con los caballos!”. Ahora Chuck estaba muy sorprendido, y le preguntó, “Trabaja con caballos, ¿en el tsirk (circo)?”. Chuck se estaba preguntando qué tipo de ministerio sería ese, aún pensando que estaba diciendo tserkov (iglesia). El hombre lo miró raro y respondió, “Sí, claro, yo lo hago”. Ahora el conductor estaba obviamente confundido. Chuck también. Llegando a su destino, Chuck cerró la puerta del carro y, ¡al fin se dio cuenta que el conductor se refería al circo!

La lección que aprendimos era que había que escuchar con mucha atención para entender lo que decía la gente. No conocíamos muy bien al idioma, así que teníamos que escuchar la raíz de palabras que oíamos, esperando que estuviéramos entendiendo lo que se decía. Con frecuencia teníamos que interpretar tanto el lenguaje corporal como verbal para comprender el significado. ¡La comunicación era trabajo muy duro! Pero a largo plazo, valdría la pena. Últimamente, llegaría el día en el que podíamos sentarnos cara a cara con nuestros amigos rusos y tener una conversación sincera.

A veces se sentía como si tuviéramos que soportar al circo para permitirnos llegar a la iglesia. ¡Por lo menos en sentido figurado! Se tuvieron que pasar años en estudio del idioma porque hasta que no entiende el idioma de una gente no se puede conocer el corazón de la gente. Las personas a menudo me preguntan qué extraño de Rusia. Lo que extraño es el compañerismo. Extraño sentarme alrededor de una mesa chica apretada en una esquina de una cocina atestada, de codo a codo y cara a cara con mis amistades, tomando una taza de té

caliente. Aquí es donde verdaderamente nos llegamos a conocer, no sólo superficialmente, pero de corazón, compartiendo nuestras cargas y gozos, aprendiendo y creciendo en el Señor.

OCHO

Tuercas y tornillos

FRANKLIN

¿Así que cómo se abre obra en un área vasta del mundo en donde nunca ha estado y de la cual no sabe mucho? ¡Decir que es una tarea abrumadora, peligrosa y agobiadora es una subestimación!

Algunas cosas son abiertas y obvias, y más que nada rodean las personas directamente involucradas, con las “botas en el suelo”. Este trabajo en persona incluye varias cosas: conocer a personas, conversiones, conversaciones, idioma, aprender la historia y la cultura de gente, y así sucesivamente.

Pero debajo de eso, generalmente escondido, es lo pienso ser “las tuercas y los tornillos”. Algunos lo llaman “poner los cimientos”. Otros le dicen “infundir en el ADN”. Como sea que lo diga, plantar para tener permanencia requiere unas cosas básicas que no son obvias al observador casual.

Cuando la Unión Soviética (y Europa Occidental) repentina y dramáticamente se abrieron bajo los términos de “perestroika y glasnost”, nadie tenía un plan. No se había previsto y era, en esencia, tratamiento de shock para la estructura organizacional de la denominación.

Yo había llegado a puesto de director regional después de ocho años en Arizona trabajando con un grupo de empresarios poderosos comprometidos con invertir en el reino mediante la plantación de iglesias. Ellos visualizaban adquirir bienes raíces como inversión que podría convertirse en sitios de iglesias para nuevas congregaciones crecientes en una parte de alto crecimiento en los Estados Unidos.

En mi asignación como administrador de ese trabajo, aprendí que, para alcanzar nuestros objetivos con un sentido de orden, necesitábamos un plan de estrategia definitivo. Así que yo había participado en este ejercicio en las tres zonas urbanas del distrito de Arizona: Phoenix y sus alrededores, Tucson y Las Vegas en Nevada. Todos eran ciudades de “explosión urbana” creciendo rápidamente con posibilidades ilimitadas, pero con precios rápidamente crecientes. Ahora, aquí estaba viviendo en Europa y enfrentándome a uno de los desafíos más grandes en la historia de misiones en la Iglesia del Nazareno. ¿Qué debía hacer?

Yo había oído de y conocido al Dr. Russ Bredholt en varias ocasiones. Un graduado de la Universidad Nazarena Olivet, el Dr. Bredholt había servido como consultor de estrategia y administración para varios clientes prestigiosos en todo el país. El director de Radio y Publicaciones Nazarenas, el Dr. Ray Hendrix, había contratado sus servicios en Hong Kong para ayudar a crear un plan estratégico y en el Reino Unido para ayudar con una estrategia de comunicación involucrando los medios.

Mientras tanto, en la emoción de abrir la obra en Rusia y en otras partes había contagiado a muchas personas quienes corrieron para ayudar, formando equipos para ir y ver esta nueva oportunidad. Algunas iglesias locales, varias universidades,

y, en algunos casos, individuos, se apuraron para conseguir visas ahora disponibles para lo que habían sido áreas cerradas. Los Sunberg, habiendo llegado recientemente para comenzar la obra, se encontraron intentando manejar estos cientos de visitas, y estaba consumiendo una gran parte de su tiempo y energía (sin hablar de encontrar un lugar para ellos mismos para vivir y trabajar, y de conseguir comida, como se describe en otra sección de este libro).

Un día, Chuck Sunberg me vio en una reunión, y en su estilo directo, comenzó la conversación con las palabras “Necesitamos 5 millones de dólares” para adquirir unos centros de ministerio a través de Rusia y Ucrania. Él sabía, y yo sabía, y él sabía que yo sabía, que no teníamos 5 millones ni nada cerca a ese monto disponible. Pero para mí fue una llamada de atención que debíamos coordinarnos, desarrollar un plan y comenzar el proceso para desarrollar recursos.

En algún punto, me reuní con o llamé a Russ Bredholt y le pregunté si podía hacer un viaje a Rusia a reunirse con los Sunberg y el equipo y ayudar a que todos acordaran un plan. Él aceptó, y partió allá en enero de 1993 (el peor mes posible para visitar al gélido Moscú) para varios días de reuniones. Russ había viajado desde Orlando, Florida, a Moscú, llevando una chaqueta apropiada para Florida en el invierno. Desafortunadamente, no lo preparó para las temperaturas heladas y viento penetrante. Los Sunberg estaban arropados en sus gruesos abrigos de invierno, capas de medias, gorras y guantes. Llevaron a Russ a ver la Plaza Roja, donde se entumeció del frío. Al encontrar un nuevo restaurante de comida rápida, se detuvieron para almorzar, y Russ intentó calentarse las manos sobre las papas francesas. Todo esto lo estaba preparando para

los días por venir en los cuales aprendería mucho más sobre la vida en la antigua Unión Soviética.

El equipo de misiones se reunió: rusos, ucranianos, norteamericanos y surcoreanos. Era hora de examinar en serio el trabajo inmenso que los enfrentaba y determinar el camino por delante. Tenía que haber un enfoque para sus esfuerzos que serían fundamentales para lo que se construiría en los próximos años. Yo le había contado a Chuck y a Carla sobre la obra en Cuba, donde los misioneros no habían preparado a los ministros locales para el liderazgo. Cuando llegó la revolución, los misioneros tuvieron que evacuar con prisa, dejando un manual denominacional y llaves a la propiedad sobre la mesa de la cocina. Les reté a los Sunberg a imaginar que solamente tenían diez años para establecer la obra y que las puertas podrían cerrar. ¿Qué harían en esos diez años? Ese fue el fundamento para la conversación con Russ y lo que llegaría a ser el plan estratégico.

En las propias palabras de Russ, “Una vez que concluyeran las reuniones con el equipo Sunberg, Chuck vino a mi cuarto (en lo que había sido un centro de reuniones comunista), donde tomamos el bosquejo del Plan Estratégico de Misiones y rellenamos [los espacios en blanco]”. Uno de los puntos de discusión interesantes fue sobre las “oportunidades sin esperanza”. Lonnie y Connie Norris, trabajando en Volgograd, Russia, pasaron tiempo describiendo la desesperanza que habían descubierto en la región de Volgograd. Fue esta desesperanza que daba inagotables oportunidades para ministerio. Las necesidades que no se estaban cubriendo se convirtieron en parte del plan estratégico.

Mientras el equipo en el área desarrollaba un plan estratégico, Chuck había planeado reunirse con varios ejecutivos que tenían un interés en lo que el Señor estaba haciendo en lo que antes era la Unión Soviética. Desde el principio habíamos visto que otras organizaciones cristianas retaban a las personas, incluyendo nazarenos, a donar a esta nueva frontera. Observamos mientras cientos de miles de dólares, o quizás hasta millones, fueron dados a organizaciones paralelas a la iglesia por nuestros maravillosos y bondadosos nazarenos. Al mismo tiempo, el desafío era tan grande como, o hasta más grande que, una misión que resultaría en plantación de iglesias. Esta era una inversión a largo plazo que sembraría semillas hacia algo permanente.

Chuck contactó al Dr. Louie Bustle, quien ahora era el director de Misiones Mundiales. Le contó de la necesidad para recaudar fondos, el plan estratégico y la visión de alcanzar a la antigua Unión Soviética. Por fin, el Dr. Bustle le dijo, “Pueden gastar cuanto puedan recaudar”. De esto surgió la necesidad de formar una colaboración de personas que pudieran invertir dinero en abrir la obra. El Sr. Merritt Mann, otro voluntario de tiempo completo y ejecutivo de mucho tiempo de IBM en Washington, DC, ayudó a formar lo que llegaría a ser la Alianza CIS. En una de las primeras reuniones en Indianápolis durante la Asamblea General de 1993, uno de los ejecutivos de negocios preguntó si había un plan estratégico. Chuck muy tranquilamente sacó de su maletín “El plan estratégico”, y todos quedaron impresionados. Los ejecutivos de negocios que invierten en un proyecto quieren ver el plan porque el “rendimiento” es muy importante. Y en este caso, el rendimiento era una iglesia permanente que posiblemente impactaría a cientos de personas para Cristo y el reino.

Uno de los ejecutivos de negocios se sintió inspirado por la necesidad de entrenar a pastores para la siguiente generación de liderazgo. Los ejecutivos estaban mirando la inversión intensa de diez años al poner un fundamento fuerte, y esto implicaba entrenar a pastores. Jay Meador de Indianápolis dijo que haría una inversión inicial que uniría a educadores nazarenos de todo el mundo para diseñar un programa de educación teológica en la antigua Unión Soviética. Esto se convirtió en los fondos semilla para lo que se llegaría a conocer como la “Consulta Kiev.” Para entonces, Jon y Kathy Mowry se habían mudado al campo para trabajar en el desarrollo de educación teológica. Bob y Colleen Skinner se habían mudado de las Filipinas a Kiev para liderar la obra allí. Los Skinner trabajaban en todos los detalles mientras que los Sunberg, Mowry y otros planeaban reunirse con los invitados a la “consulta”. El Dr. Jerry Lambert, Comisionado de la Educación para la Iglesia del Nazareno, había ayudado a crear las invitaciones. El Dr. Kent Hill, quien ahora era presidente de Eastern Nazarene College, llegó junto con John Haines, coordinador de educación regional; el Dr. Roger Hahn del Seminario Nazareno Teológico; Christian Sarmiento, especialista en educación a distancia en Mesoamérica; y Wes Tracy de la sede en Kansas City. Otros eran miembros de la asociación recientemente fundada, y otros habían venido para una gira de visión.

La “Consulta Kiev” se conocerá para siempre como uno de los eventos más fríos de la Iglesia del Nazareno. Llegando en octubre, los invitados descubrieron el sistema soviético de calefacción central. El gobierno no había prendido aún el calor y tampoco había agua caliente en el “hotel” donde todos se estaban alojando. Cuando el grupo se reunía en las mañanas, se entretenían con anécdotas de cómo intentaban calentarse.

Cada cobija estaba en uso. Algunos llevaban puestos cada prenda que habían llevado y simplemente cambiaban la prenda exterior cada día. Otro calentaba la cama con una secadora de pelo antes de meterse cada noche, envolviéndose en las cobijas delgadas y poniendo encima de todo el tapete del piso. En este lugar, el equipo definió una colección de veinticuatro cursos modulares para ser usados como currículum o curso de estudio para entrenar a pastores. Una vez hecho el esquema, Kent Hill, John Haines y los Mowry trasnocharon para completar los detalles para que cuando terminara la consulta, tuvieran un producto a la mano y un mapa para guiar el camino hacia delante.

El Dr. Lambert llevó una copia del plan estratégico para educación teológica nuevamente actualizado a Norteamérica. Allí aconteció que conoció a una mujer que estaba manejando el fideicomiso de una pareja que había estado interesada en la educación y ministerio cristiano por todo el mundo. El Dr. Lambert sacó el plan y el Fideicomiso Maslund dio una subvención de \$400,000 dólares para desarrollar el concepto de la Iglesia del Nazareno en la antigua Unión Soviética.

Esa subvención llevó a un programa de educación teológica que vendría a ser global. No solo preparaba a pastores en el área, pero también creaba una facultad de habla rusa que guiaría a la iglesia en el futuro. Se desarrollaron asociaciones con European Nazarene College, el Seminario Nazareno Teológico en Kansas City y Nazarene Theological College en Manchester, Inglaterra. Profesores de todo el mundo invertían en los estudiantes de la antigua Unión Soviética. Algunos de los mejores individuos que la iglesia podía ofrecer se prestaron y vinieron a enseñar, entre ellos Tom Noble, Alex Deasley, Fletcher Tink,

Joseph Coleson y Rob Staples. No solo enseñaron, sino que invirtieron en las vidas de los alumnos, y como resultado, siete líderes recibieron maestrías del Seminario Nazareno Teológico y cuatro siguieron para recibir doctorados en filosofía de Nazarene Theological College (NTC) y la Universidad de Manchester. La Dra. Svetlana Khobnya, originalmente de Volgograd, es la profesora titular de idiomas y estudios bíblicos, sirviendo a la Iglesia del Nazareno global en NTC.

La necesidad para el plan llevó a un plan estratégico, que llevó a un donativo de semilla, que se convirtió en un concepto completo, que resultó en financiación significativa. Chuck y el área iban bien encaminados hacia los 5 millones y el desarrollo de una fundación que sobreviviría la partida de los misioneros. La asociación empezó a tomar forma y, a partir del tiempo de esta publicación, sigue mano a mano con el liderazgo del área en la antigua Unión Soviética.

NUEVE

Oportunidades sin esperanza

CARLA

Mas para Dios todo es posible.
—Mateo 19:26

Armenia

El 7 de diciembre, 1988, a las 11:41 a.m. hora local, un terremoto que registró 6.8 en la escala Richter sacudió el país de Armenia. El epicentro estaba seis millas del pueblo de Spitak, con una población de 30,000. Incluyendo el área alrededor, por lo menos 25,000 personas murieron ese día, con algunas estimaciones llegando hasta 50,000. Casi 130,000 personas fueron heridas. Como resultado, la Unión Soviética tuvo problemas para responder a la tragedia. La inhabilidad de la Unión Soviética en responder correctamente a las necesidades de su propio pueblo reveló al mundo la debilidad de su sistema. Se hizo obvio que la situación se ponía desesperada. El invierno estaba encima de la gente de Armenia, la nieve caía, las temperaturas bajaban, y la gente estaba abrumada.

Con el tiempo, la ayuda empezó a llegar de otras partes del mundo, incluyendo ayuda de la Iglesia del Nazareno. Aunque

todavía no teníamos oficialmente obra en la Unión Soviética (eso sería en 1992), Ministerios Nazarenos de Compasión (MNC) recibió permiso para construir un centro de capacitación en costura cerca del pueblo de Gyumri, Armenia. Los armenios de la diáspora habían enviado fondos por medio de MNC para ministrar a los que habían sido impactados por el terremoto. Había muchos individuos que se encontraron discapacitados después de haber sufrido heridas por aplastamiento. Edificios de la era soviética habían sido edificados por toda la república y estos no eran diseñados a prueba de terremotos. Los armenios, habiendo vivido en la región desde el tiempo de Noé, sabían cómo construir edificios fuertes, no más de 3-5 pisos de altura, que sobrevivirían sismos frecuentes. El sistema soviético reutilizó planos de edificio por toda la nación. Si era bueno en Moscú, ¿iba a funcionar en Ereván, Armenia! Se construyeron viviendas de múltiples pisos para familias, a veces de veinte pisos o más. El viejo sistema soviético corrupto también tuvo un papel clave. ¿Por qué usar todos los materiales en la construcción de una estructura, como la resistencia correcta de acero o la mezcla correcta de concreto cuando los materiales “adicionales” se podían vender para llenar los bolsillos del gerente o supervisor? Cuando llegó “el grande”, los resultados fueron catastróficos porque los edificios soviéticos se cayeron como un castillo de naipes. Esto fue lo que impactó tanto la tasa de muerte como el tipo de heridas. El centro de capacitación en costura nazareno se fundó principalmente para entrenar para un nuevo oficio a las personas que habían perdido las piernas. El centro se estableció poco después del terremoto de 1988.

Cuando llegamos a Moscú en junio de 1992, una de nuestras tareas fue viajar a Armenia y ver cómo estaba el centro. En dic-

iembre de ese año, Roy Campbell, Tanya Arakcheeva y Chuck iban a volar a Ereván y visitar al centro de costura. Al llegar al aeropuerto en Moscú, Tanya fue al mostrador para revisar el vuelo. Ella volvió para avisarles a Chuck y Roy que su vuelo se había cancelado y que no saldrían hasta el día siguiente. Chuck le pidió a Tanya que le preguntara a la mujer en el mostrador sobre algún otro vuelo que quizás iría a Armenia. Tanya regresó y dijo que había un vuelo que iba a Armenia a la misma hora en que su vuelo supuestamente salía. Chuck preguntó por qué la señora no les había mencionado ese vuelo y la respuesta era que no habían preguntado por ese, pero por el vuelo de hoy. El vuelo que salía hoy era el vuelo de ayer, que se había demorado hasta hoy, así que el vuelo de hoy salía mañana. Preguntaron si había tres asientos en el vuelo de ayer y, por supuesto, sí había. Cuando le preguntaron por qué no les había dicho eso para comenzar, ella dijo que era porque habían preguntado por el vuelo de hoy, y ese salía mañana. Entonces, preguntaron si podían conseguir boletos para el vuelo de ayer que salía hoy. Ella dijo que sí podían. De nuevo, le preguntaron por qué no les había dado esa información antes. Ella respondió igual que antes, que solo habían preguntado por el vuelo de hoy, no ayer. Después de todo eso, se encontraron volando en el vuelo de ayer que estaba programado llegar hoy porque el vuelo de hoy no salía hasta mañana. Sin embargo, el vuelo se demoró, así que llegaron mañana en el vuelo de ayer que no salió hasta hoy. Más que eso, nadie sabía. Cuatro horas más tarde, aterrizaron sanos y salvos, pero algo confundidos.

De nuevo, esto fue durante un tiempo cuando las fronteras cambiaban rápidamente mientras que todos se acomodaban a la nueva realidad de ya no ser la Unión Soviética. Como los países ahora eran independientes, se requerían nuevos

permisos para entrar y, a cambio, se requería nuevo permiso para entrar de nuevo a Rusia. Seis meses atrás, nada de esto hubiera sido necesario. Roy Campbell tenía una visa de la época soviética, y una vez que saliera de Rusia, él no tenía entradas de visa para regresar a Rusia. Esto no se descubrió hasta el momento en que los tres se alistaban para abordar el avión. (Y había ocurrido mucho para simplemente subir al avión.) Después de unos minutos de debate, los tres decidieron abordar el avión en Moscú para la capital de Armenia, Ereván, sin saber cómo iban a regresar a Roy a Rusia después del viaje.

Cuando llegaron a Ereván, la situación estaba extrema. Armenia estaba de guerra con el país vecino de Azerbaiyán. Todos los recursos se invirtieron en los esfuerzos de guerra y eso dejó poco para la gente en casa. Hacía mucho frío entonces y únicamente tenían electricidad por una hora al día, si acaso eso. Los tres iban a estar cuatro días y durante ese tiempo no se quitaron ni una prenda. ¡Vaya que estaba frío!

El primer día hicieron el viaje de cuatro horas en carro de Ereván a Gyumri. En el camino, el conductor señaló un campo grande a la derecha. Él dijo, “Eso antes era un bosque.” Era tierra yerma hasta donde la vista alcanzaba. La gente había cortado todo para calentarse. ¡Increíble!

El camino estaba lleno de grandes baches. El progreso en ambos lados de la carretera era lento, pero por fin llegaron y lo que vieron era impactante. La mayoría de los edificios eran inhabitables debido al terremoto. Las personas habían tomado los contenedores de transporte que había traído la ayuda internacional y los convirtieron en casas. Fueron los invitados en uno de esos contenedores para la cena esa noche. Chuck se sorprendió por lo bonito que era adentro, aunque hacía tanto

frío que había escarcha hasta la mitad de las paredes del contenedor. Era interesante lo inventivo que era la gente después de tal devastación.

Visitaron al centro de costura y escucharon de lo agradecidos que estaban las personas por la ayuda. Se sintieron orgullosos de nuestra iglesia porque les había ayudado a estas personas en su tiempo de necesidad. Los Ministerios Nazarenos de Compasión hace buenas obras en todo el mundo. Así como en Armenia, en todas partes hay oportunidades sin esperanza a las cuales podríamos estar dispuestos a abrir nuestros ojos y convertirnos en las manos y los pies de Jesús.

El equipo regresó a Ereván para la noche. En la mañana, empezaron a pensar en Roy Campbell. ¿Cómo lo regresarían a Rusia? Estaban seguros de que los guardias de la frontera rusa no lo dejarían entrar y que lo devolverían a Armenia. Se dirigieron al aeropuerto, pudieron convencerles de que los dejaran abordar el avión y despegaron rumbo a Moscú. Los tres también estuvieron orando continuamente todo el vuelo. ¿El Señor podía ayudarle a Roy regresar a Moscú? Después de volar un rato, el avión comenzó el descenso. Lo raro era que no habían volado suficiente tiempo para llegar hasta Moscú. Podían ver por la ventana del avión que estaba muy nublado afuera. Siguieron descendiendo, pero sin salir de las nubes. No podían ver el suelo casi hasta aterrizar, a solo unos cientos de pies en el aire. Al hacer rodaje en la tierra, Tanya miró por la ventana y dijo, “Esto no es Moscú”. Chuck le dijo que tenía que ser. Ella dijo de nuevo, “Esto no es Moscú”.

El avión se detuvo, llegaron escaleras a la puerta, y entró una oficial. Ella les dijo que habían aterrizado seiscientos kilómetros al este de Moscú porque la capital estaba envuelta en una nie-

bla espesa. La mujer dijo que había tres opciones: uno, esperar en el terminal para que se levantara la niebla en Moscú, que podría tomar unos días; dos, tomar el tren; o tres, tomar un viaje de catorce horas en autobús a Moscú. Se bajaron del avión y buscaron sus maletas. Tanya revisó el tren, pero ya no había asientos disponibles. Revisó el autobús y compró los últimos tres boletos para este grupo variopinto que sólo quería volver a casa.

El viaje en bus de catorce horas estuvo lleno y pedregoso. También hacía mucho frío, pero el asiento de Chuck estaba justo al lado del calentador que constantemente eructaba aire caliente. Él estaba muy caliente, quizás demasiado caliente, aún vestido con toda la ropa que había llevado puesto por días. Después de viajar toda la noche, en la luz de la madrugada, el bus llegó a una parada de metro en Moscú. Era una parada de metro normal, con los quioscos que vendían lo poco que tenían, las personas yendo al trabajo y el ajetreo normal de la vida. Al bajar los tres del autobús, no había control fronterizo, nadie pedía papeles, no había filas largas, solo la entrada al metro. Los tres llegaron al metro y cada uno se fue por su camino.

Al día siguiente, el equipo se reunió en nuestra pequeña oficina en Moscú mientras escuchamos de su viaje interesante. Chuck mencionó que había orado que Dios cegara a la guardia fronteriza cuando pasara Roy. Tanya dijo, “Yo oré que Dios cerrara todos los aeropuertos en Moscú”. Resulta que hay cinco aeropuertos alrededor de la ciudad y Dios había cerrado a todos. La fe de Tanya era inspiradora. Dios había cerrado Moscú para nosotros. Al día siguiente en el periódico, hubo un artículo sobre la niebla espesa en Moscú. El artículo decía que era la primera vez que algo parecido había sucedido y que se cerraran

todos los aeropuertos al mismo tiempo. ¡Oportunidades sin esperanza! Moviendo la cabeza, Chuck dijo en voz alta, “¡Mas para Dios todo es posible!”.

Tanya más adelante asistió a European Nazarene College y regresó para pastorear a la Primer Iglesia del Nazareno en Moscú. Hoy, ella y su esposo están sirviendo como misioneros.

Ulyanovsk

Testificar de la obra de Dios es vitalmente importante. Contarles a personas alrededor de la iglesia global sobre cómo Dios está trabajando es necesario para fortalecer nuestra propia fe, al igual a la de otros. La Iglesia del Nazareno es una familia global interconectada, llena de hermanos y hermanas que se ayudan entre sí. Esa es la belleza de esta iglesia global.

Mientras viajábamos, si fuera a otras partes de la región o a los Estados Unidos, queríamos que los miembros fieles de la iglesia supieran la historia de misiones nazarenas. En giras misioneras, Chuck y yo íbamos en direcciones diferentes para contar nuestra historia, porque había tanto interés en lo que estaba pasando en la antigua Unión Soviética. Hicimos nuestro mayor esfuerzo para cubrir todo el territorio posible.

En un viaje a los Estados Unidos, Chuck estaba hablando en una convención distrital de misiones. Después de haber hablado en la mañana, un granjero nazareno se acercó a él con lágrimas en los ojos. Dijo que quería ayudarnos. Chuck le dio las gracias y preguntó a qué se refería. Dijo que nos quería dar los ingresos de su campo más productivo cada año. No podía decirnos exactamente cuánto sería porque las cosas cam-

bian, pero prometió dar lo que recibiría al año siguiente. Oraron juntos, Chuck le dio las gracias de nuevo, y luego Chuck continuó su viaje a la próxima parada para continuar contando la historia. Ese es solo un ejemplo de lo fieles que son nuestros hermanos. En muchos casos, dan generosamente, además de su diezmo. Ha sido un privilegio conocer a nuestra gente maravillosa que ama a las misiones y a Dios.

Era nuestra oración constante preguntarle a Dios dónde quería él que plantáramos la próxima iglesia. Cuando se empieza desde la nada, los oídos tienden a estar sintonizados especialmente a la voz de Dios y su dirección. Siempre nos asombraba lo fiel que Dios era en responder a nuestras oraciones. Un día, recibimos una llamada de una mujer que nunca habíamos conocido. Su nombre era Masha, y era del pueblo de Ulyanovsk, una ciudad a como seiscientas millas al este de Moscú. Le preguntamos cómo había obtenido nuestro número, y comenzó a contarnos su historia. Nos dijo que ella había sido una buena comunista y una atea. Algunos meses antes, se había enfermado gravemente y tuvo que ser hospitalizada. No se le podía hacer nada y los doctores le dijeron que iba a morir. Una noche, acostada en su cuarto en el hospital, clamó a Dios. “Si en realidad estás ahí, por favor ayúdame y te seguiré”. Al rato, ella dijo, un ángel entró a su cuarto y la tocó. El ángel le dijo que ella iba a mejorar y que debía serle fiel a Dios.

Una amiga de Masha conoció a un hombre estadounidense y se había mudado con él a Oklahoma. Un día mientras se comunicaban, Masha le contó a su amiga lo que le había pasado. Estando en Oklahoma, su amiga había comenzado a asistir a una iglesia llamada la Iglesia del Nazareno. Su amiga le animó a Masha a encontrar esa iglesia en Rusia. Le tomó algo

de tiempo, y algo de búsqueda, pero por fin encontró nuestro número y llamó. Ella nos invitó a ir a su pueblo para ayudarle a comenzar una iglesia.

No sabíamos nada del pueblo de Ulyanovsk. No había sido nuestro plan ir hasta allá para plantar una iglesia, pero era el plan de Dios. Mientras tanto, intentamos ayudar a Masha por medio de llamadas telefónicas, animándola a buscar a Dios de todo corazón. También la invitamos a todas las reuniones que teníamos con nuestros pastores en el área. Ella era como una esponja seca, absorbiendo todo lo que podía sobre Cristo y la iglesia.

Por fin pudimos visitar a Masha en su ciudad de residencia. Algo interesante era que esta era la ciudad natal de Vladimir Ilyich Lenin, cuyo apellido verdadero fue Ulyanov. Lenin era simplemente un nombre código que tomó durante la época de la revolución. Esta ciudad llevaba su nombre orgullosamente y era el destino de muchos peregrinos que querían conectarse al “Padre Lenin”. Había museos por todo el pueblo, con placas conmemorativas donde había vivido de niño y en los años posteriores. El aeropuerto era enorme, con la pista de aterrizaje creada para miles de fieles que habían llegado por avión, visitando a esta ciudad histórica año tras año. Era hogar de la fábrica de carros UAZ (Ulyanovsky Avtomobilny Zavod), donde vehículos parecidos al jeep, de todoterreno, se producían. Habían sido vitales para la nación durante los esfuerzos de la guerra. Pero ahora, cuando llegamos, era un poco diferente. Un avión pequeño, un Yak-40, llegaba cada día. Este era un avión con motor de jet turbofán y fue uno de los primeros aviones de la era soviética en ser considerado seguro para volar por países occidentales. Aunque parecía poco más que un autobús con

alas, se había comprobado ser un básico fuerte en el sistema Aeroflot (aerolínea rusa). Sin embargo, es diminuto en tamaño en comparación con los Ilyushin y Tupolev que aterrizaban cada hora en los días de gloria del aeropuerto Ulyanovsk, posee la tercera pista de aterrizaje más larga del mundo.

Era invierno cuando llegamos, y el aeropuerto tenía un equipo mínimo. El asfalto estaba cubierto de nieve, pero pudimos aterrizar. Se había hecho un camino en la nieve del avión hasta el terminal. Después de bajar del avión, seguimos a un miembro de la tripulación de la aerolínea por el caminito en la nieve. Las luces no estaban prendidas en el terminal, estaba oscuro y rancio, y claramente era una sombra de sus días de antes. Nos apresuraron a un cuarto pequeño que no tenía calefacción, y allí esperamos hasta que llegara un carrito con el equipaje.

Masha y su familia nos recibieron. Fue una bienvenida tan calurosa y nos sentimos saturados por su hospitalidad. Ella había reunido a un grupo creciente de personas que estaban interesadas en aprender todo lo que podía del Señor y de la Biblia. Nos reunimos con ellos un domingo por la mañana en una pequeña oficina, donde se reunían cada semana porque nadie le alquilaría a esta nueva “secta” un lugar para reunirse. Estaba muy lleno. Nos dijeron que este era solo como la mitad del grupo porque tenían que alternar venir a la iglesia. La mitad llegaría una semana, la otra mitad la próxima. Era interesante que, en la oficina, estaba un busto grande de Lenin. Pidieron que Chuck hablara desde el lado de esa vitrina con Lenin mirando sobre su hombro. Todo fue tan surrealista.

Conocer a este grupo de nuevos creyentes era un verdadero gozo. Ansiaban aprender y estaban tan emocionados por su nueva fe. ¡Qué bendición! Antes de irnos, nos preguntaron

cómo encontrar un lugar permanente para reunirse. Les dijimos que ayudaríamos lo más que se pudiera, pero que a ellos les tocaba buscar y arreglárselas. Lo último que les dijimos era que teníamos \$10,000 dólares designados para ellos cuando llegara el tiempo de encontrar un lugar de reunión. Estuvieron agradecidos por la visita y la promesa de ayuda.

Varias semanas después recibimos una llamada del hijo de Masha. Él ya se había vuelto un líder vital en el grupo, socio de su madre. Estaba tan emocionado. Él nos dijo que habían encontrado un terreno con un pequeño edificio deteriorado para convertir en iglesia, y estaba en la calle principal del pueblo. Le preguntamos el nombre de la calle y respondió orgullosamente, “Bulevar Karl Marx”. La mente de Chuck ya estaba vagando, pensando en una iglesia llamada la Primera Iglesia del Nazareno Bulevar Karl Marx. Estas cosas no se pueden inventar.

Le preguntamos cuánto necesitaban. Nos dijo que se podía comprar por \$21,000 dólares. Le dijimos que solamente teníamos \$10,000. Él dijo que lo sabía y nos recordó que estaba en la calle principal. Dijo que tenían que darles una respuesta a los dueños antes de las diez de la mañana al día siguiente. Le dijimos que lo sentíamos, pero todo lo que teníamos eran \$10,000. Él estaba decepcionado, pero entendía.

Chuck y yo teníamos una rutina matutina. Nos levantábamos, desayunábamos, enviábamos a las niñas a la escuela, hacíamos las devociones y luego revisábamos el correo electrónico que había llegado durante la noche. En los Estados Unidos estaban despiertos mientras dormíamos, ¡y siempre había una bandeja de entrada llena por la mañana! Allí en el correo de la mañana de Chuck estaba una nota de ese granjero nazareno fiel. Quería avisarnos que había enviado un cheque de la venta de

la cosecha de su mejor campo. Se disculpó por no avisarnos antes, pero era un cheque por \$11,000 dólares. Esperaba que pudiéramos encontrar un lugar para darle su mejor uso. No podíamos esperar para llamar a la gente de Ulyanovsk. El teléfono sonó y sonó. Estábamos a punto de colgar cuando alguien contestó. Era el hijo. Se escuchaba muy cansado. Le pregunté qué pasaba, y él dijo que habían estado despiertos toda la noche orando que Dios les ayudara con esta compra. Entonces Chuck le contó del correo recibido y que podían comprar el terreno. ¡Dios había provisto el dinero adicional durante la noche! Él dejó caer el teléfono, y pudimos escuchar voces alabando al Señor y gritando. Entonces regresó al teléfono y dijo, “¡Tiene razón, Pastor Chuck! ¡Es verdad! ¡Para Dios todo es posible!”.

En el proceso de formar a Ulyanovsk en centro comunista a través de los años, los oficiales comunistas habían destruido la mayoría de las iglesias de la región. Así que, cuando los líderes de la ciudad escucharon que una nueva secta religiosa había comprado propiedad en el bulevar Karl Marx, quizás dijeron entre sí, “¡Sobre el cadáver de Lenin!”. El milagro fue que decidieron intercambiarnos la propiedad en el centro del pueblo por un edificio sin terminar en medio de un complejo de apartamentos. El nuevo sitio era mucho mejor para el acceso de la gente y estaba en medio de un vecindario de personas que necesitaban conocer a Cristo. Hemos enviado a equipos de Trabajo y Testimonio allí a través de los años, y ahora es un lugar bonito para reunirse un grupo próspero de creyentes, y todos pueden llegar cada domingo. ¿Mencionamos que esto fue en la ciudad natal de Lenin? ¿Y que no era parte de nuestro plan estratégico? Evidentemente, es cierto que “con Dios todo es posible”.

DIEZ

Iniciativos: El poder de los medios

FRANKLIN

En el verano del 1944, la asamblea general de la Iglesia del Nazareno, reunida en Minneapolis, pasó una resolución creando la Liga de Radio Nazarena. Esta reconoció el poder de los medios en extender la misión y el mensaje de la iglesia.

Para el 1945, se hizo la decisión de crear un programa de radio a nivel nacional. El viejo himno de 1883, escrito por Daniel Whittle, titulado “Habrà lluvias de bendiciones” se adoptó como tema y nombre de este nuevo programa. Durante las décadas de los 40 y 50, la cobertura de radio se expandió dramáticamente. Pronto un equivalente en español llamado “La Hora Nazarena” se creó para cubrir el ministerio de la iglesia que rápidamente se expandía en países de habla hispana. Con el tiempo esto fue seguido por expansión a varios otros idiomas. Millones de personas escuchaban estos programas de radio.

Para 1990, el Dr. Ray Hendrix, quien había crecido en Argentina, supervisó tanto el desarrollo de literatura en áreas que no hablaban inglés como lo que se llamaba “radio nazarena”. Durante la Guerra Fría, la idea de crear una emisión rusa fue una meta importante. Esto se hizo en cooperación con ERF, una corporación de medios evangélica alemana que ya estaba transmitiendo en varios idiomas en la Unión Soviética y Europa Oriental.

Providencialmente, ya Nikolaj Sawatzky y su familia se habían graduado de European Nazarene College y pronto fueron empleados para ayudar con ministerios de habla ruso, incluyendo la radio. Nikolaj y su esposa, Lydia, se habían criado en Rusia, pero eran de ascendencia alemana, parte de la gran migración de alemanes para desarrollar los intereses agricultores de Rusia que fue promocionado por Catalina la Grande, zarina de Rusia. Ellos habían podido salir de Rusia a mediados de los 1970, y, por el tiempo de Dios, ahora eran personas altamente calificadas lingüística y espiritualmente. Estaban disponibles para llevar a cabo ministerios pioneros como parte de la oficina regional a través de la literatura y la radio en el idioma ruso.

Mientras tanto, irónicamente, el gobierno soviético le había dado a cada casa familiar en Rusia una radio simple sin botón para apagar. La radio tenía un canal, permitiendo al gobierno meter su propaganda, información y políticas a cada hogar. Con el sistema soviético desmoronándose, estas radios “siempre prendidas” ahora se convirtieron en instrumentos que otros podían usar, como la ERF y Radio Nazarena.

Dos cosas, entre muchas, se requirieron para una emisión rusa: dinero y música. El apoyo financiero para esta iniciativa fue emprendido por Misiones Nazarenas Internacionales, cuya pres-

idente era la legendaria misionera en África Dra. Louise Robinson Chapman, viuda del Dr. J. B. Chapman, superintendente general. Ella encabezó la recaudación de fondos y por interés personal levantó cientos de miles de dólares en ofrendas para el esfuerzo de la Radio Rusa.

¿Pero qué de la música? ¿Dónde se encontraría música religiosa de alta calidad en el idioma ruso? Entra Bryansk y la iglesia bautista rusa, que tenía un coro que había causado gran sensación con su canto excelente. El Dr. Hendrix y otros habían escuchado de ellos y sugirió una visita exploratoria.

Bryansk es una ciudad cerca de la frontera ucraniana que el gobierno soviético había declarado cerrada. Muchos de los tanques militares soviéticos y otras municiones se producían en esta ciudad de casi medio millón de población, y los extranjeros por muchos años fueron prohibidos en la ciudad. Sin embargo, cinco líderes de la iglesia montaron un tren en Moscú para el viaje de catorce horas a Bryansk. Los cinco eran director regional Franklin Cook; Ray Hendrix; Randy Beckum de la oficina regional; Chuck Sunberg, nuevo misionero designado; y Nikolaj Sawatzky de la oficina regional.

Traqueteando por los rieles, el grupo no sabía qué esperar. Llegaron a una estación de tren que daba miedo en Bryansk como a medianoche. Era oscuro, frío y extraño. Sin embargo, el pastor principal de la iglesia bautista rusa y algunos de su congregación los recibieron con una bienvenida cálida y entusiasta. Fueron llevados a una casa grande de dos pisos que precedía la Gran Guerra Patria (la Segunda Guerra Mundial). Aquí era donde vivía el pastor principal. Cada uno fue llevado a un cuarto con una cama y les desearon “una buena noche”. Los ruidos y alrededores extraños mantuvieron despiertos a

la mayoría. A Franklin Cook lo pusieron en un cuarto central grande sin ventanas, pero con varias cortinas que daban a otros cuartos. Alrededor de las cinco de la mañana, notó que las cortinas se empezaban a mover y ojos que lo miraban. Resultó que el pastor tenía por lo menos diez, quizás más, hijos, y estaban supremamente curiosos sobre quiénes eran estos desconocidos raros (recuerde, los extranjeros no se permitían).

Luego era hora de desayuno, el té y pan negro inevitable, y unos huevos. Y pronto, apareció toda la familia, y los cinco líderes visitantes se vieron envueltos en un torbellino de generosidad y entusiasmo. Bueno, hasta que los hombres, incluyendo los cinco líderes, fueron llevados a un porche adyacente y se les dijo que se quitaran la ropa. Estaban a punto de tener una reunión de negocios particularmente rusa.

Un miembro del grupo de cinco dijo, “¿Disculpe?”. De nuevo, mientras que los rusos se desvestían, dijeron que los miembros del grupo debían quitarse la ropa. Evidentemente, iban a aprender que muchas transacciones de negocios ocurren en la banya rusa, o sauna. Había cierto protocolo que seguir.

Renuentemente, obedecieron. Una vez que estaban todos “desvestidos”, fueron llevados a la sauna, que se había calentado la mayoría de la mañana. Había tres niveles de asientos de madera, como pequeñas gradas, en la sauna. No había suficientes asientos para todos, así que unos tuvieron que sentarse en el piso. Toda la mañana los hermanos habían avivado el fuego para ver si los extranjeros podrían aguantarlo. ¡Estaba verdaderamente caliente!

Después de varios minutos, Franklin le preguntó a Ray cómo estaba. Ray, que estaba sentado en el piso gimiendo, re-

spondió, “¡Creo que voy a vomitar!”. ¡Estaba tan caliente! Pronto invitaron al grupo a salir de la sauna y entrar al cuarto siguiente donde había, lo que parecía ser, un bebedero para vacas lleno de agua fría. Los cinco se metieron al bebedero. ¡Vaya que esa agua fría se sentía bien! Después de haber estado allí un rato, los hermanos invitaron al grupo a volver al cuarto donde había comenzado toda esta aventura. Este era el cuarto con sillas y sofás cómodos. A cada uno le dieron una toalla. Eran del tamaño de una toalla de mano. Allí estaban, totalmente desnudos, sentados y hablando de la radio rusa. Les dijeron que esta era la única manera de hacer negocios oficialmente, en la banya. Hubiera sido bueno tener esa información antes del viaje. Lo más probable es que la mayoría del grupo habría declinado ir.

Después de hablar un rato, uno de los anfitriones rusos preguntó, “¿Quién va primero?”. “¿Primero para qué?” respondió el grupo rápidamente. Uno por uno, fueron llevados a la sauna caliente de nuevo para ser golpeados con ramas de abedules. El problema era que las paredes eran delgadas, y el resto del grupo podía oír los gemidos mientras ocurrían las palizas. Les dijeron que tenía que ver con algo como abrir los poros y darle salud a una persona. El plan de Chuck era ir de último para que el hombre dando las “palizas” estuviera cansado. Lamentablemente, cuando por fin llegó su turno, apareció un hombre nuevo. Él tenía solamente un ojo, y ese ojo estaba mirando a Chuck. Chuck siguió al hermano a la sauna, donde se acostó sobre una banca y se preparó. Apretó los dientes para que los del cuarto al lado no escucharan sus gemidos. Después de terminar la “paliza” de todo el lado posterior de Chuck, el hermano le dijo una palabra que estremeció por completo a Chuck, “¡Voltéese!”. A regañadientes, Chuck obedeció, y en

poco tiempo se completó el tratamiento de salud. Para cuando Chuck volvió al otro cuarto, habían terminado las negociaciones y el trato estaba hecho. Los anfitriones les dijeron que preferían la sauna en el invierno porque en vez de la piscina fría, salían a rodarse en la nieve. ¡El equipo nunca tendría esa experiencia!

Esa noche, después de una cena al aire libre con miembros de la iglesia, el grupo se reunió en la casa del pastor y empezaron a comparar las heridas y los moretones de sus palizas. Cuando Chuck levantó su camisa, él estaba de color rojo vivo de ambos lados. Él tiene alergias al césped, y aparentemente las hojas de abedul lo afectan de igual forma. Él obtuvo el premio por la apariencia más marcada.

El tiempo con los hermanos fue bueno y exitoso. Se usó su música para nuestros programas de radio, pero obtener el trato fue una experiencia inolvidable. ¡A Dios sea la gloria!

ONCE

Conectando

CARLA

Uno de los mayores retos en comenzar una nueva obra es saber dónde conectarse. ¿Cómo se crean relaciones dentro de una nueva comunidad y especialmente una en la cual la cultura y el idioma le son nuevos?

El Dr. Kent Hill, junto con su esposa, Jan, y sus dos hijos, habían venido a Moscú mientras servía como presidente del Instituto de Religión y Democracia y estaba enseñando en la Universidad Estatal de Moscú. Kent era miembro de la Iglesia del Nazareno, pero también era un experto sobre la religión en la Unión Soviética. Su libro en 1991 *The Soviet Union on the Brink: An Inside Look at Christianity and Glasnost* [La Unión Soviética al borde: Una mirada al interior del cristianismo y glasnost] se convirtió en material de lectura esencial para cualquiera que venía a hacer trabajo de misiones en la antigua Unión Soviética. Sus conexiones fueron invaluable y nos sentimos obligados a escuchar su dirección.

Los Hill habían vivido en el complejo deportivo Bittsa por meses mientras Kent daba discursos. Jan había enseñado inglés en una escuela rusa local, justo al otro lado de la calle principal del Bittsa. Allí, trabajaron con el director de la escuela, Anatoly, quien tenía una afición de tocar música jazz en su trompeta, al igual que participar en competencias de iron

man. Queriendo entregarnos su trabajo antes de regresar a los Estados Unidos, Kent trabajó de forma incansable para encontrarnos un apartamento, además de conectarnos con Anatoly. Pronto nosotros, al igual que Mark Mann, quien se había ofrecido regresar después de su tiempo con los equipos de Jóvenes en Misión, nos convertimos en maestros de inglés. Esto nos dio una increíble oportunidad de pasar tiempo con jóvenes rusos y aprender de su vida y cultura.

Anatoly y su esposa, Svetlana, querían ayudarnos con nuestra nueva obra. Ya nos estábamos reuniendo los domingos con jóvenes en la arena ecuestre de Bittsa, y ellos se unieron con nosotros. Ellos también trajeron sus hijos. Este era un segundo matrimonio para ambos, y así su familia combinada nos acompañaba la mayoría de los domingos para la adoración. Pronto el otoño cedía el paso al invierno y estábamos aprendiendo a adaptarnos a la vida que se sentía como una película de blanco y negro con un bombillo tenue. Viviendo tan al norte, los días se volvieron extremadamente cortos, y aprendimos a llevar a nuestra hija Christy al kínder a la luz de la luna y traerla a casa en la oscuridad también. El sol sólo brillaba unas horas en medio del día.

No solo estaba ya el frío de nuevo, pero la escasez de comida seguía. Las únicas verduras que podíamos encontrar eran los pepinillos en el mercado (a nuestras hijas les encantan los pepinillos hasta el día de hoy). El problema no era tan malo para nosotros como para los pensionados. Con ingresos fijos, y con la inflación fuera de control, ahora estaban recibiendo el equivalente de ocho dólares americanos al mes. La esposa de Anatoly, Svetlana, se nos acercó y nos contó de las dificultades en el país. Ella tenía una pasión para los necesitados. A mí

me habían pedido servir como la coordinadora de Ministerios Nazarenos de Compasión (MNC) y apenas estaba aprendiendo qué significaría este rol. Steve Weber era el encabezado de MNC en Kansas City para entonces, y él había venido a Moscú para hablarnos de las diferentes formas en las que MNC nos podría ayudar en el ministerio. Él nos dijo que a veces cuando se comienza una obra nueva, uno tiene que contratar a un buen “presbiteriano que fuma cigarros” para ayudarlo a poner las cosas en marcha. Como ve, al empezar una obra completamente nueva en un país nuevo que tiene pocos creyentes, posiblemente tendrá que contratar a personas que quizás no estén exactamente en la misma onda para ayudar. (Unos años más tarde, al comenzar la obra en San Petersburgo, nuestro equipo contrató a músicos del circo para ayudar con los servicios de adoración. Chuck visitó un domingo, y al ponerse de pie para guiar a las personas en oración, el teclista tocó una introducción digna de un acto de circo.)

Aunque Svetlana era nueva a todo lo que estábamos haciendo, debido a su pasión por los necesitados, la contratamos como nuestra coordinadora de MNC en Moscú, y ella era simplemente asombrosa. Esta era una mujer llena de creatividad y con energía de sobra. Ella creó un plan para ir al ministro de gobierno local y preguntar por un grupo de pensionados en la comunidad cerca del Bittsa que necesitaban ayuda con comida. Nosotros adoptamos a estas familias, y por medio de la generosidad de nazarenos por todo el mundo, empezamos a proveerles comida cada mes. Svetlana hacía todas las compras. Ella encontraba suficiente azúcar, aceite, té, frijoles, arroz, pasta, huevos y comidas enlatadas para hacer una bolsa bien surtida de comida para suplementar a un pensionado por un mes. Comenzamos visitas regulares con Svetlana a los hogares

de estos ancianos, quienes a menudo lloraban cuando alguien aparecía para darles comida. Un día Svetlana, junto con Mishka, que estaba trabajando regularmente con Roy Campbell, llegó a un apartamento para descubrir que el pensionado casi había muerto. El gas en el horno estaba prendido, y el pariente menor del pensionado lo había dejado prendido para que pudiera heredar el apartamento. Una vida fue salvada.

Otro pensionado que recibía comida era Alexander. Él vivía a unos kilómetros de donde se reunía la iglesia, pero se sintió tan impactado por la comida que quiso venir a conocer las personas en la iglesia. Él empezó a llegar cada semana y entregó su vida a Jesús. Había servido fielmente al partido comunista como guardia en el Kremlin, pero ahora, de casi ochenta años, él y su esposa no tenían hijos. Por la mayoría de su matrimonio habían esperado que se les diera un apartamento. Mientras esperaban, dormían en la cocina de un apartamento que compartían con otras dos familias. Ahora tenían un apartamento, pero se sentían solos y tenían poca comida para sobrevivir. Un domingo por la mañana, estaba a cuarenta y cinco grados bajo cero centígrado y los autobuses no andaban porque el combustible diésel estaba demasiado espeso a esa temperatura para funcionar correctamente. Nuestra pequeña familia llegó a la iglesia después de andar en un carro que estaba casi congelado. Al detenernos para la adoración, allí estaba Alexander de pie afuera. Su cara estaba roja, se formaba hielo en sus mejillas, pero estaba bien abrigado en abrigo y gorra de piel. Le preguntamos cómo había llegado y nos dijo que había caminado. Luego dijo, “Después de tantos años de no conocer a Cristo, no me podía perder de un domingo”. El único domingo que no apareció en la iglesia descubrimos que se había ido a estar con Jesús.

Svetlana no solo nos ayudó a ministrarle a los pobres y necesitados, pero también tenía sus propias conexiones. No creo que jamás sabremos el alcance de estas conexiones, pero ella las usó para ayudar con la obra de la iglesia.

Aun antes de saber que habría obra en Rusia, Dios le había estado hablando a nazarenos fieles. La Dra. Nina Gunter era la directora global de Misiones Nazarenas Internacionales, y adondequiera que iba, ella inspiraba a personas a formar parte del emprendimiento misional de la iglesia. Sea hablando con familia o con amistades, dejaba a la gente queriendo ser parte de algo mucho más grande que ellos mismos. Este fue el caso de una amiga de ella de Carolina del Sur que decidió donar \$150,000 dólares para una iglesia en Rusia, ¡antes de tener la obra en Rusia! En algún momento, otro donante también había dado \$15,000 dólares para una iglesia en Rusia. Al comenzar la obra en Moscú, los precios de propiedades eran fluctuantes. Nadie sabía en realidad el valor de cualquier cosa, como nada había tenido dueño privado por más de setenta años. Mientras la inflación se disparaba en el país, las propiedades inmobiliarias de repente se hicieron mercancías en muy alta demanda.

Estudiar el contexto del lugar en donde ha sido llamado a servir siempre es importante. El contexto ruso, y más allá, era uno que era muy extraño al trabajo misionero de la Iglesia del Nazareno. Nada en este lugar tenía sentido. La iglesia siempre había trabajado con los marginalizados, y generalmente eso quería decir los que no habían tenido acceso a la educación o buena atención médica u oportunidades para el trabajo. En este caso, como la tasa de alfabetismo era casi el cien por ciento, la educación no era un problema. Encontraron científicos nucleares marginalizados manejando taxis porque de repente se

encontraron sin trabajo e intentando sobrevivir. Esto se volvió un problema tan grande que el aeropuerto tuvo que instalar contadores de Geiger solo para atrapar a los que podrían intentar contrabandear material nuclear para ganar unos dólares. Nos sumergimos en literatura rusa, intentando aprender todo lo que se pudiera. Leímos Tolstoi, Dostoievski y Pushkin. Leímos la historia de los zares y estudiamos todo lo posible sobre la ortodoxia rusa. Y por supuesto, nada de esto tendría sentido sin estudiar el idioma. Aprender a escuchar y a hablar es como se descubre el corazón de un pueblo.

El estudio del idioma fue uno de los retos más grandes que enfrentaríamos. Debido a que todo había ocurrido tan rápidamente con la caída del Muro de Berlín y todos los cambios en Europa Oriental, no hubo planes para escuela de idiomas. La realidad era que el mundo, no solo la iglesia, no estaba preparado para lo que pasó. Había pocas escuelas que enseñaban ruso a extranjeros, sea dentro o fuera de la Unión Soviética. Contratamos a un maestro de idioma que comenzó con la gramática. La gramática rusa es extremadamente compleja, y cuando preguntamos cuánto tiempo se tardaban los rusos en aprenderla, nos dijeron como doce años, todo su tiempo en la escuela. Chuck y yo tomamos lecciones juntos, lo que aprendimos que no era buena idea. Las personas aprenden idiomas de formas y a velocidades diferentes. Yo ya hablaba alemán e inglés, y como fui niña de tercera cultura, parece que tengo alguna aptitud para aprender idiomas. Para Chuck, esto era una nueva aventura, y ya era extremadamente difícil. Duramos como dos semanas en la misma clase y luego decidimos que si nuestro matrimonio debía sobrevivir, necesitábamos tomar clases aparte. Escuchamos de esta experiencia repetida en muchas familias involucradas en el estudio de un idioma. Nos

tomaría años luchar con el ruso, pero junto con el idioma vino el contexto y el entendimiento del corazón.

Parte del contexto era reconocer el valor de la permanencia para el pueblo de la antigua Unión Soviética. Ser una iglesia significaba tener un edificio. Ha habido mucha discusión sobre la importancia de iglesias en casas, y en algunos contextos ese modelo de iglesia funciona. También puede funcionar si hay suficientes iglesias anclas como apoyo. Sin embargo, en la antigua Unión Soviética, un área tan impactada por la ortodoxia rusa, no tener edificio era no tener iglesia. El pueblo de Dios tenía que reunirse, y la liturgia debía celebrarse y ser cantada para haber verdadera adoración. Entendimos que para que existiera un compromiso a largo plazo de la obra en la antigua Unión Soviética, los edificios o centros de ministerio debían ser parte de esa estrategia. Estas serían ubicaciones desde las cuales podíamos involucrarnos en predicar, enseñar y el ministerio sanador de Jesucristo.

Svetlana nos ayudó a buscar un edificio en Moscú. Sabíamos que nuestro alquiler en el complejo deportivo Bittsa se acabaría y que sería difícil entonces encontrar un nuevo hogar. Visitamos al que se llamaba el príncipe local del distrito, quien era responsable por una población de más de dos millones de personas, incluyendo todo edificio público. En principio, todos los edificios eran edificios públicos. Aun cuando privatizaron los apartamentos, el gobierno todavía era dueño del exterior de los edificios y era responsable para su cuidado. Todo negocio, escuela y oficina era propiedad del gobierno. Con razón él era el “príncipe”. Contactamos al príncipe porque esperábamos que tuviera un edificio abandonado que se podría convertir en iglesia. En ese tiempo había varios edificios no usados en el

área, especialmente viejos jardines de niños, y estábamos orando que el Señor proveyera. En vez de proveer, el hombre se rio de nosotros y dijo, “No tengo ni una sola iglesia en mi distrito, y no me imagino por qué necesitaría una”. Luego nos despidió. Yo creo que todos guardamos esa respuesta en la mente y la consideramos para el futuro. La idea que no había una sola iglesia en un área de dos millones de personas, ni siquiera una iglesia ortodoxa, en realidad algo sobre que reflexionar. En algún momento, líderes de la denominación de la Iglesia del Nazareno en los Estados Unidos fomentaban la plantación de iglesias para cada catorce mil personas. Tomando en cuenta el tamaño de los edificios altos de apartamentos en la Antigua Unión Soviética, ¿se necesitaría una Iglesia para cada cuadra! El príncipe necesitaba 143 iglesias en su Distrito, y no tenía ni una. Seguimos orando.

Fue más de un año más tarde que Svetlana, siempre leyendo con atención los anuncios en el periódico, descubrió que algunos edificios se privatizarían, que también significaba que serían sus propios dueños. Con frecuencia salíamos a mirar edificios, o partes de edificios, que pensábamos que podrían estar disponibles a la venta. Generalmente nada resultaba de esas aventuras, y pasaron despacio los meses mientras seguíamos reuniéndonos en el Bittsa. Luego un día, Svetlana encontró otras dos propiedades y llevó a Chuck a mirar. El primer sitio no resultó en nada, pero al manejar por la ciudad, descubrieron un edificio de dos pisos que tenía la mitad superior en venta. Había estado un negocio dentro, pero en algún momento los dueños habían decidido convertir parte de ello en una banya, una sauna con todo y piscina pequeña. Cuanto más Svetlana y Chuck miraban el edificio, más creyeron que podría servir como iglesia, pero no sabían en dónde estaban por tanto tiempo

manejando. Sacaron un mapa y descubrieron que estaban dentro de la distancia para caminar del Bittsa y cerca de la misma parada del metro. Eso fue un milagro. Al salir del edificio, empezaron a creer que quizás ese era el lugar donde Dios quería que tuviésemos nuestro primer edificio permanente en Rusia. En toda la emoción, a Chuck se le había olvidado preguntar cuánto costaría. Cuando regresaron al carro, le preguntó a Svetlana el precio de la venta. Era \$165,000 dólares, ¡exactamente la cantidad de dinero que se había donado años atrás para comprar un edificio de iglesia en Rusia! ¡Hay conexiones humanas, y hay conexiones para Dios!

La conexión de Corea del Sur

Dentro de unos meses de haber llegado, recibimos comunicación de David Downs, misionero en Corea del Sur, que él iba a estar llegando a Moscú y trayendo consigo uno de los pastores locales, el Reverendo Park. Poco sabíamos que la Iglesia del Nazareno en Corea del Sur también estaba emocionada sobre las oportunidades para ministerio en la antigua Unión Soviética. David había conocido al Rev. Park a través de un proyecto de Equipos de Misiones Nazarenos, que trabajaba con estudiantes de la Universidad Nazarena de Corea para exponerlos a las misiones. David y su esposa, Susan, eran misioneros de la Iglesia del Nazareno en Corea. Los estudiantes tenían poco a nada de exposición internacional, así que se organizaron varios viajes a lugares por toda Asia.

Con el tiempo, Rev. Park y su esposa, Do-Ye, se convirtieron en pastores de una pequeña iglesia plantada en la costa oriental de Corea del Sur. Él invitó a David, como su profesor, a ir a su iglesia y ayudar con el lanzamiento de un servicio en inglés

para aquellos de la comunidad internacional que vivían cerca. Lleno ya de un espíritu para las misiones, este pastor se comunicó con la comunidad filipina, al igual que los soldados estadounidenses en la base militar local. Este ministerio creció, y David viajó allí con regularidad para ayudar.

Bill Patch era el presidente de la Universidad Nazarena de Corea, y recibió una llamada de Kim Chi Chol, pastor de la Iglesia Central Seúl. La iglesia local quería patrocinar a un misionero a Rusia y le preguntaron a Bill quién sería bueno para este proyecto. En esa época, aún era un poco de desafío pasar a los surcoreanos por el sistema de nombramiento de la Iglesia del Nazareno global. Bill contactó a David Downs y le preguntó si conocía a alguien que podría responder al llamado a mudarse a la antigua Unión Soviética. Los surcoreanos siempre han vivido en temor de Rusia, y pedirle a alguien mudarse a Moscú sería aterrador. Este absolutamente era el caso cuando David Downs contactó al Rev. Park. El Rev. Park decidió que subiría al monte de oración y que oraría hasta recibir respuesta en cuanto a esta petición. Pasó una semana entera orando y ayunando, buscando la dirección del Señor. Al final de la semana, aunque sería un verdadero sacrificio, él y su esposa, Do-ye, dijeron que sí.

Se decidió que David Downs acompañaría al Pastor Park en su primer viaje a Moscú, ayudándole a encontrar un lugar donde quedarse y sentirse cómodo. La misión en Corea les dio \$10,000 dólares para este emprendimiento, lo cual llevaron en efectivo. Con el dinero metido en sus medias y ropa interior, volaron a Moscú, llegando en medio de la noche. En rumbo, tuvieron una conversación sobre el nombre del Rev. Park, Yu Sok, y si ese nombre funcionara o no en Rusia. Decidieron orar que el Señor les guiara, y concluyeron con el nombre bíblico

de Michael [Miguel], pensando también que si el Sr. Gorbachev tenía ese nombre, seguramente funcionaría en Rusia.

Cuando aterrizaron, Michael Park y David Downs estuvieron un poco alterados por lo que vieron. Llegar al aeropuerto Sheremetyevo II en medio de la noche a principios de los 90 no era para los temerosos. Los antipáticos oficiales de control de pasaporte y de aduanas eran suficientemente intimidantes, pero una vez que Michael y David salieran del área seguro, se vieron enfrentados por varios sujetos oscuros que los siguieron, preguntando si necesitaban transporte. Nosotros estábamos en Kiev por unos días y no pudimos recibirlos cuando llegaron, así que habíamos enviado a algunas personas de nuestra oficina para saludarlos. Allí estaban de pie con un pequeño cartel que decía “Nazarar”, y Michael y David por fin se conectaron y fueron llevados al completo deportivo Bittsa y el lugar que de cariño llamábamos un hotel. Era invierno y hacía mucho frío, con mucha nieve en el suelo.

Al día siguiente salieron a la ciudad, intentando encontrar conexiones para ayudarlos a comenzar. Un proyecto grande era encontrar un apartamento que Michael y su familia podrían llamar su hogar. Michael ya estaba en choque cultural, porque nunca había estado en un lugar donde él no formaba parte de la mayoría. Caminando por la calle, vio a una joven coreana y le gritó en coreano, solo para que ella se volteara e intentara responder con unas pocas palabras. Ella era la nieta de un norcoreano, pero solamente hablaba ruso. En ese momento, él se dio cuenta de que estaba muy lejos de casa. Sin embargo, tenían una pista que los llevaría a hacer conexiones en la ciudad. Buscaron y encontraron la Sociedad Norcoreana de Rusia. Era aquí donde encontraron un agente de bienes raíces que les

ayudó a encontrar un apartamento dentro de solo unos días. David se quedó con Michael por dos semanas. Nosotros regresamos a casa a Moscú, y se hicieron más conexiones. Los Park llegarían a ser algunos de nuestros amigos y compañeros más queridos en la antigua Unión Soviética.

A veces las conexiones son exactamente lo que necesitamos para poner las cosas en marcha. Por medio de la obra y ministerio de la iglesia global, los Park llegaron a unirse con nosotros en Rusia. Ellos plantaron una iglesia en el lado norte de Moscú, pero con el tiempo movieron su obra a formar parte de Misiones Globales. Pudieron trabajar por un tiempo bajo el patrocinio de la iglesia local, pero ¡no hay nada como el apoyo que viene de las ofrendas del Fondo Mundial de Evangelismo! ¡Esta es la conexión a la iglesia global! Michael y Do-Ye fueron nombrados misioneros globales para la Iglesia del Nazareno.

Poco tiempo después de esa transición, Chuck y Michael decidieron viajar a Asia Central. Estar en la minoría en Moscú fue algo de reto para la familia Park, pero Dios tenía en mente algo asombroso. Los dos hombres volaron a Almaty, Kazajstán, y comenzaron a explorar las posibilidades de ministerio en ese país. De repente Michael se sintió en casa, donde él y su familia ya no se sentirían en la minoría en una tierra extraña. No estaban seguros de que debían comenzar en Almaty, así que viajaron en tren por más de veinticuatro horas al norte de Kazajstán y la ciudad de Akmola, que literalmente quiere decir “muerte blanca”. Esto estaba un poco al sur de Siberia y una parte del mundo donde la Unión Soviética había enviado a los disidentes a una muerte lenta. Con frecuencia las personas eran enviadas a esta parte del mundo en vagones de ganado, en medio invierno, y abandonados con poca esperanza de

sobrevivencia. La población de Akmola era originalmente de muchas naciones, incluyendo Rusia, Ucrania, Alemania y Corea del Norte. Michael oró hasta recibir una respuesta y le dijo a Chuck que la Iglesia del Nazareno debía comenzar en Akmola.

La ciudad era un lugar deprimente cuando Michael, Do-Ye y sus dos hijos se mudaron allí. Con frecuencia la ciudad estaba sin gas, electricidad y suministro de agua. Los Park son verdaderos héroes de la fe, que aprendieron a trabajar, ministrar y a perdurar en muchas dificultades. La obra en Asia Central es un testamento a las conexiones, la fe y la perseverancia. Hoy hay varias iglesias repartidas en varios países que están compartiendo las buenas nuevas de Jesucristo por medio de la Iglesia del Nazareno, gracias a las maneras misteriosas en las que Dios habla y moviliza a su pueblo

El resto de la historia

A veces la presión para tener éxito viene de fuentes externas y a veces simplemente nos abrumamos con expectativas no realistas. El deseo de imaginar qué es el “éxito” dentro del reino de Dios está siempre delante y rara vez es del Señor. Las personas siempre querrán saber los resultados de su trabajo, pero el plantar semillas no siempre da resultados visibles. También, hay veces que uno encuentra tierra extremadamente dura.

Intentando pensar estratégicamente, habíamos esperado plantar una iglesia en un lugar llamado Chekov, cerca de nuestro centro juvenil. Nos parecía razonable en nuestro pensamiento humano, pero nada parecía funcionar. Las relaciones que pensábamos tener fracasaron y, hasta el día de hoy, no tenemos obra allí. Sin embargo, Dios obra de forma misteriosa y so-

mos alentados a participar en el movimiento del Espíritu dentro del reino. Fue como a este tiempo que empezamos a aprender la dependencia total en Dios. Aun con un plan estratégico en la mano, necesitábamos que Dios obrara y que se moviera. A estas alturas también comenzamos a adoptar Mateo 19:26: “Mas para Dios todo es posible”. Eso incluyó plantar iglesias en la antigua Unión Soviética.

Esos cientos de miles de libros que se repartieron en los primeros días se habían esparcido por el país. Recibíamos noticia de avistamientos del libro en Siberia, Asia Central y más allá, a menudo en quioscos donde estaban a la venta. Justo cuando estábamos desanimados por las oportunidades de plantar iglesias, una carta inesperada llegó a la dirección en Moscú impresa en los libros. Una pareja nos escribió del pueblo de Vyazma, a como tres horas al oeste de Moscú. Nunca habíamos oído de Vyazma, pero de alguna forma uno de los libros había llegado allí. La historia se desarrolló ante nuestros ojos al leer la carta de Mario y Lena Russ.

Mario era originalmente de Cuba, pero había llegado a San Petersburgo con el ejército para estudiar. Allí había conocido a la bella traductora y maestra de idiomas, Lena. Ella era de Vyazma. Los dos se enamoraron y se mudaron a Cuba para comenzar su nueva vida juntos. Fue allí donde encontraron a miembros de la familia que habían conocido a Cristo. Considerando que ambos de sus países de origen eran comunistas y ateos, era impactante tener parientes que se convirtieran al cristianismo, y sin embargo había algo convincente sobre ellos y sus vidas. Finalmente, Mario y Lena respondieron a la gracia de Dios en sus vidas y aceptaron a Jesús como su Salvador en la Iglesia del Nazareno en Cuba.

La vida era difícil en Cuba, y ahora, con dos hijas jóvenes también, decidieron mudarse de nuevo a Rusia. Antes de irse, su superintendente de distrito les dijo que había escuchado a un ruso hablar en la Asamblea General en Indianápolis y que debían buscar una Iglesia del Nazareno en Rusia. Los retos en Rusia eran reales, pero Mario pronto encontró trabajo como maestro de educación física en una secundaria y Lena como maestra de idiomas. Ella hablaba ruso, español e inglés fluidamente y usaba sus habilidades todos los días. Sin embargo, mientras se acostumbraban a sus nuevas vidas nuevas en Rusia, no podían encontrar información sobre la Iglesia del Nazareno. Oraron sobre cómo encontrar la iglesia, pero el tiempo pasaba.

Habían pasado dos años desde la llegada de Mario y Lena en Vyazma cuando un día fueron invitados a la casa del pastor bautista. Estando allí notaron un libro en el estante del pastor, *La historia de Jesús el nazareno*. El pastor lo levantó y lo pasó a Mario, quien comenzó a hojearlo, cuando al final del libro notó este mensaje: “Si quiere saber más de Jesús el nazareno, escriba a la Iglesia del Nazareno en Moscú en esta dirección”. Fue entonces que él y Lena escribieron su carta, esperando que esta era su iglesia en Rusia. De alguna forma, uno de esos libritos había llegado al lugar indicado a la hora indicada.

Jay y Teanna Sunberg habían llegado y se habían unido al equipo para esas fechas. Salieron para Vyazma, donde conocieron a Mario y a Lena y a toda la familia. Dios tenía un plan estratégico en mente. Con el tiempo, se plantaron dos iglesias nazarenas en Vyazma. Mario llegó a ser el pastor de una de ellas. Ellos luego tuvieron un hijo, Danil, quien nació en Rusia. Su hija menor estudió para el ministerio y se casó con in

pastor nazareno de Ucrania, y se convirtieron en plantadores de iglesias en Moldova. Tristemente, Lena murió demasiado temprano, mientras recibía tratamiento para leucemia. Ella había sido la secretaria de distrito para el distrito Moscú Norte, y me alegra decir que, por ello, firmó mi certificado de ordenación. Justo cuando nuestro plan estratégico personal no resultó, Dios nos reveló un plan mucho más grande. Dios ya había estado obrando, uniendo los hilos que eran fruto de un camino fiel con Cristo, aun en lo que parecía ser ordinario y mundano. Reparar libros en una estación de metro. Escuchar a alguien hablar en la asamblea general. Observar la vida transformada de un pariente. Escribir una carta. De alguna forma, empezamos a entender que “para Dios todo es posible”.

La historia de Larissa en la introducción es verdadera. Ella era nuestra vecina de al lado cuando vivíamos en Ulitsa Maria Ulyanova. Ella y su esposo, Timofei, se volvieron amigos queridos, y fue mediante otra circunstancia de gracia preveniente que Timofei empezara a asistir a la iglesia con nosotros. Una compañera de Volgograd, Nina, se había quedado fuera de nuestro apartamento sin llaves y tocó el timbre de Timofei. Allí, sobre una taza de té, ella le contó sobre los misioneros que se habían mudado al lado y de la iglesia que habían comenzado. Poco sabía ella que, en ese momento, él se encontraba desalentado, porque todo en lo que había puesto la esperanza se había venido para abajo. Había servido bien al partido comunista y dado su mente a desarrollar un sistema de computadores que aún vuela en aviones MiG hoy, pero le pareció que todo lo que había creído ya no existía. Era un hombre en busca de la verdad.

Después de que Larissa y Timofei habían asistido a la iglesia por casi un año, yo me quedé afuera del apartamento sin llaves un día y toqué el timbre del apartamento de Timofei y Larissa. Ella no estaba en casa, pero Timofei me hizo pasar y puso a calentar la tetera. Allí en su pequeña sala, me empezó a hablar de su vida. Me mostró una tarjeta de identificación y portatarjetas color rojo; me dijo que era su membresía en el partido del diablo, el partido comunista. Al sentarnos allí ese día, yo le pregunté sobre su caminar con Jesús y le dije que, aunque él había venido a la iglesia por un año, yo no había visto que él entregara la vida a Cristo. Él me dijo que Jesús no lo podía perdonar. Para entonces, yo no tenía idea de qué había hecho, ni de qué papel había tenido en el partido comunista. Todo lo que sabía era que Jesús murió para perdonarnos nuestros pecados y que ese regalo era para todos. Con su cédula comunista en la mesa, él oró conmigo para pedir que Jesús le perdonara sus pecados, y en ese momento Timofei nació de nuevo.

Siempre es un gozo ver que un nuevo creyente crezca y desarrolle en su fe, y con Timofei no fue diferente. A menudo él llegaba a nuestro apartamento con alguna nueva pregunta o para obtener otro libro para leer. Estudiaba insaciablemente todo lo que podíamos darle. Durante los meses del verano, él y Larissa iban a la dacha para escaparse de la ciudad y sembrar verduras para ayudarles a sobrevivir el invierno. Estaban tan preocupados que no teníamos una huerta en alguna parte y siempre se aseguraron de compartir sus verduras con nosotros. Llegó a ser un ritual anual de hacer un pastel de chocolate y calabacín en septiembre, cuando me traían el calabacín más delicioso. Parecían entretenerse con lo que yo cocinaba, pero también disfrutaron de ello.

Después de que Timofei entregara su vida a Cristo, le decía a la gente, “Yo era Saulo, pero ahora soy Pablo”. Cada día creció en su fe. Un septiembre, me pidió llevarlo en el carro hasta su dacha para recoger a Larissa, su pájaro y su gato, y sus verduras. Ellos no tenían carro y nosotros teníamos un carro con puerta trasera que podía llevar una carga grande, así que acepté. A mí no siempre me emocionaba manejar porque podía ser un verdadero reto. Nuestro carro era un reto, un Lada Niva 4X4 que mejoró nuestras vidas de oración porque teníamos que orar diariamente que no se averiara. La policía siempre era un reto porque les gustaba detener e interrogar, simplemente porque se les daba la gana. Por último, yo no había esperado el reto de tener a alguien que nunca había manejado dar las indicaciones. Pero antes de salir de la entrada, Timofei me preguntó si él podía orar por nuestro viaje a las dachas ese día. Él sacó un pedazo de papel del bolsillo del pecho y lo desplegó para mostrar una oración que él había escrito y preparado para el viaje. Fue bello mientras oraba que Dios estuviera con nosotros, que nos guiara y nos protegiera. Me asombró su crecimiento espiritual.

El viaje a la dacha fue sin incidentes, ¡excepto por las pocas veces que tuve que cambiar de carril rápidamente porque Timofei no me había dado suficiente advertencia que íbamos a dar vuelta! Habíamos manejado como hora y media y ahora estábamos en un camino rural cuando señaló a su dacha, justo adelante y a la derecha. Lo que le faltó mencionarme era que había una zanja al lado del camino que se cruzaba por medio de un puente pequeño de concreto que llevaba a su dacha. No era visible nada de esto debido al césped y malezas altas. Di vuelta a la derecha, pensando que era un camino sólido, pero sobrepasé el puentecito y terminé tambaleándome en el borde,

con la parte delantera del carro en la zanja y las llantas traseras en el aire. ¡Esto no era bueno! Nos bajamos del carro y Timofei caminó a la dacha para traer a Larissa mientras yo examinaba la situación. Parecía que solo necesitaba alguien para sacarme de la zanja. El carro no parecía estar dañado. Caminando a la calle, paré un carro, que tenía soga para remolcar (siempre se necesitaba), y me sacaron de la zanja en un instante. Enderecé el carro y me acerqué a la dacha, donde Timofei y Larissa ya estaban sacando todos los artículos para subir al carro. Metimos las verduras, calabacines, tomates, papas, coles, nabos, remolachas, pepinos y más. Luego el gato y por fin, Larissa y el pajarito se amontonaron en el asiento trasero. En poco tiempo, estuvimos listos para regresar a la ciudad.

Habíamos ido unos kilómetros cuando de repente escuché un ruido terrible de debajo del carro. Cuando miré por el retrovisor podía ver partes de carro por todo el camino. Parecía haberse caído el eje de transmisión. Nos orillamos, colectamos todo lo que pudimos encontrar y lo pusimos atrás con Larissa. Seguramente otro vehículo nos podría arrastrar al próximo pueblo, donde alguien podría reparar el carro. El siguiente conductor que se detuvo nos informó que no había caso ir al siguiente pueblo. Aunque ese pueblo había tenido antes dos talleres de autos, la competencia entre los dos dueños se había vuelto tan caliente que recientemente se habían disparado y matado, y ahora ya no quedaba nadie para reparar un carro. Timofei y yo hablamos, pero él no sabía de carros y no tenía idea de qué hacer, así que yo sugerí que intentáramos volver a la dacha, donde por lo menos estaríamos seguros para la noche. Se acercaba una grúa grande en el camino, así que nos paramos delante de ella hasta que se detuviera. El operador de la grúa nos remolcó y llevó a la dacha.

Para entonces la policía había establecido un control bloqueando la calle y estaban colectando conductores frustrados al confiscarles los vehículos. Yo crucé la calle con cautela, orando que quizás habría unos policías amables que nos podrían ayudar. Supuse mal. No querían ayudar y tampoco querían que yo les hablara. Sin embargo, un conductor varado me escuchó y preguntó si él podía ayudar. ¿Por qué no? El carro era un modelo de tracción integral, y al examinar el daño, dijo que pensaba que podía ajustarlo a operar como tracción de dos ruedas para llevarnos a casa. Solamente necesitaba un gancho de alambre. Encontramos una y, hasta el día de hoy, no estoy segura de qué le hizo al carro, pero nos aseguró que funcionaría.

A estas alturas, yo estaba algo nerviosa por manejar el carro, así que le pregunté hacia dónde iba. La policía había llevado su carro y necesitaba volver a Moscú. Yo le pregunté si estaría dispuesto a manejar mi carro dañado a Moscú junto con nosotros como pasajeros, y él aceptó. Entonces este desconocido se sentó en el asiento del conductor y yo me junté a Larissa en el asiento de atrás con el gato, el pájaro y el eje de transmisión, y nos dirigimos de vuelta a la ciudad. El carro funcionó aceptablemente y llegamos a uno de los controles de policía en el círculo alrededor de Moscú. Nuestro desconocido dijo que allí era donde necesitaba bajarse y yo me monté al asiento del conductor y manejé el resto del camino a la casa. Al llegar a Ulitsa Maria Ulyanova, mi corazón se llenó de alivio al ver por fin nuestro edificio de apartamentos. Yo también estaba algo tensa debido al viaje, pero en ese momento Timofei dijo, “¡No es asombroso cómo Dios respondió a mi oración!”. A ser honesta, se me había olvidado la oración, pero no a Timofei. Él me miró y preguntó, “¿Crees que fue un ángel que manejó el carro

a casa?”. El antiguo secretario del Partido Comunista en Moscú me estaba enseñando a mí una lección de fe.

El diccionario Colegial Merriam-Webster nos dice que un pionero es “una persona o grupo que origina o ayuda a abrir una nueva línea de pensar o actividad o método o desarrollo técnico” o “uno de los primeros en instalarse en un territorio”.²

Se trata de hacer algo nuevo y crear caminos donde no existían en el pasado. Como seguidor de Jesucristo, descubrimos que él va delante de nosotros y nos prepara el camino, si tan solo lo seguimos. Aprendemos que no somos en realidad pioneros, pero que el Señor es el pionero, y si moramos en él, reconoceremos sus caminos. Cuando empiezan los cambios en la sociedad, cuando se derrumban los muros y nos enfrentamos a nuevas oportunidades, no debemos ser paralizados por el temor. A cambio, aceptamos la realidad de la presencia de Jesús y sus palabras que “para Dios todo es posible”.

2. *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary*, s.v. “pionero,” accedido 17 de enero de, 2025, <https://unabridged.merriam-webster.com/collegiate/pioneer>.

Epílogo

SIEMPRE HABRÁ nuevas oportunidades para el ministerio en este mundo. Los cambios geopolíticos quizás no sean tan sísmicas como fueron en esos pocos años cuando la Cortina de Hierro cayó, pero sí siguen ocurriendo. Aunque tengamos excelentes escuelas, universidades y seminarios alrededor del mundo, con demasiada frecuencia no examinamos lo que podría tomar empezar una nueva obra. Quizás sea porque sentimos que los días de los pioneros ya pasaron y que debemos enfocarnos en construir sobre los cimientos que ya pusimos. Sin embargo, con la migración y los cambios de la población, están apareciendo nuevas oportunidades para el trabajo pionero casi todos los días.

Queremos animar a una nueva generación de pioneros a abrazar el llamado de Dios a salir y a hacer discípulos semejantes a Cristo en las naciones, ciudades, pueblos y vecindarios donde puede que haya poca o ninguna presencia cristiana. ¿Parecerá como cuando se vino abajo la Cortina de Hierro? Probablemente no, pero ser pionero es dar un paso a espacios variados, a probar cosas nuevas, a estar dispuesto a cometer errores y a mostrar el amor de Jesucristo a este mundo. ¡Quizá Dios tendrá un “Artículo 15” para usted!

Nota final

ESTE RECUENTO INSPIRADOR del comienzo de la Iglesia del Nazareno en la antigua Unión Soviética se dedica a “todas las personas no mencionadas en estas páginas”. El misionero pionero más conocido escribió con un afecto parecido a los que habían “participado en el evangelio desde el primer día hasta ahora” (Fil. 1:5).

Desde el principio de las misiones nazarenas, ha habido una asociación entre los que han ido como misioneros y los que los han apoyado en oración y por dar generosamente. Por cien años, los nazarenos han dado para el Fondo para el Evangelismo Mundial (que antes era el Presupuesto General) mediante las ofrendas de Promesas de Fe y Domingo de Resurrección y Acción de Gracias.

El Fondo para el Evangelismo Mundial (FEM) es la base de las ofrendas de misiones nazarenas. Es el medio principal de apoyo financiero para nuestros misioneros comisionados globales, incluyendo sus salarios y cuidados de salud. Asimismo, FEM provee el medio de la infraestructura de apoyo para todos nuestros misioneros y la coordinación de nuestras iniciativas de misiones.

Debido a esta asociación, la Iglesia del Nazareno ahora está en 165 países y áreas del mundo. Sin embargo, miles de personas aún no han escuchado las buenas nuevas o experimentado el poder para cambiar vidas de Jesús. Así que sigue una gran necesidad de personas que dirán: “¡Aquí estoy! ¡Envíame a mí!” (Is. 6:8). Junto con estas, hay necesidad de socios que

Nota final

orarán con sinceridad y que darán con generosidad. Juntos con el Espíritu, nosotros podemos hacer diferencias verdaderas y eternas.

Nuestro Señor nos ha ordenado “vayan y hagan discípulos de todas las naciones” (Mt. 28:19). Al orar y dar e ir, podemos anticipar que Dios de nuevo hará “todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos” (Ef. 3:20, RVA).

—Geoff Kunselman
Director de Desarrollo de Administración
Iglesia del Nazareno Internacional

Unas palabras de Misiones Nazarenas Internacionales

Dios siempre está atrayendo personas a él. Él obra mediante muchas denominaciones, organizaciones e individuos, y nosotros celebramos cada vez que una persona es redimida.

Sin embargo, la historia contada en *La historia de la Iglesia del Nazareno en la antigua Unión Soviética*, es nuestra para celebrar de manera única. Durante un período crucial de la historia mundial, Dios obró de forma poderosa a través de la Iglesia del Nazareno para traerle esperanza y sanidad a la antigua Unión Soviética. Al leer este libro cautivador por Franklin Cook y Carla Sunberg, espero que se sientan orgullosos de sus hermanos y hermanas nazarenos quienes pasaron valientemente por puertas recién abiertas para compartir el evangelio. Y como nos recuerdan los autores, noten que la “ida” fue hecha posible por un ejército vasto de nazarenos que oraron sinceramente y que dieron con sacrificio. Muchos de ustedes fueron parte de ese ejército. Gracias por el papel que hicieron.

Mi oración es que esta historia fascinante del pasado les inspiren a involucrarse completamente en la obra misionera del presente. Para muchos lugares del mundo, HOY es el momento crucial para la obra transformadora de Dios. ¡Oremos y demos y vayamos para que Dios pueda seguir escribiendo bellas historias de redención a través de nosotros!

—Cheryl Crouch
Directora Global de Misiones Nazarenas Internacionales